

19

DAD AUTÓ

CIÓN GENE

BX2169

CH32

1

ONOM

RALD

EL NARDO AROMÁTICO ANTE EL ALTAR

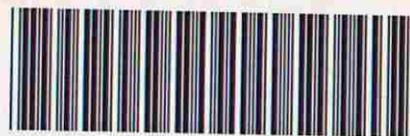


EX LIBRIS

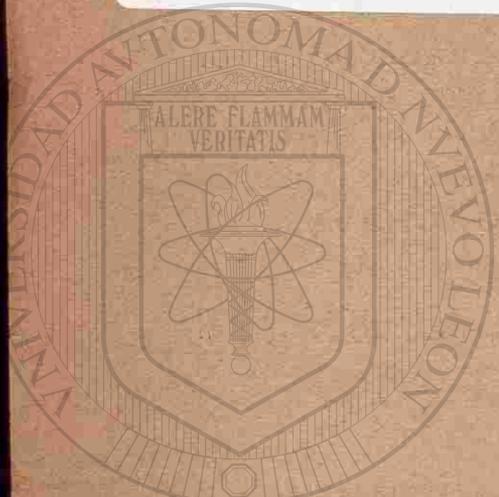
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

004656



1080026501



EL NARDO AROMÁTICO
ANTE EL ALTAR

VISITAS Y AGRADECIMIENTOS

DARDOS DE AMOR Y PETICIONES

para honrar por todo un mes al Santísimo Sacramento

ESCRITO POR

GABINO CHÁVEZ

PRESBITERO

*Dum esset Rex in cubitu suo, nardus
meu dedit odorem suum.*

(CANT., I, 11.)

Mientras el Rey estaba en su recostado,
mi nardo exhaló su aroma.
(DEL CANTAR DE LOS CANTARES.)

CON LICENCIA ECLESIASTICA



MÉJICO

GUILLERMO HERRERO y C.^a, librerías editores.

SAN JOSÉ EL REAL, NÚM. 3
1893

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Fátima

Cazilla Fonsina
universitas

41827

BY 2169
CH 32



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Imprenta de E. Rubiños, Plaza de la Paja, 7 bis.



AL ALMA DEVOTA

LA favorable acogida que tuvieron dos opúsculos que publicamos de oraciones á la Sagrada Eucaristía: uno, bajo el nombre de *Noche feliz*, por destinarse especialmente á la velación nocturna, y otro, con el título de *Sentimientos de amor de Dios*, de cada uno de los cuales se agotaron tres copiosas ediciones, nos ha movido á reunirlos en uno, dándoles nueva forma, y añadiéndolos hasta completar el número de treinta y una visitas, para que alcancen á todo un mes.

Divídense en cuatro septenarios: en el primero, se ponen siete visitas, precedidas de siete breves meditaciones, correspondientes ambas á otros tantos títulos ú oficios de nuestro adora-

004656

ble Redentor, en armonía con las peticiones del Padrenuestro: así, como á Padre, le pedimos la santificación de su nombre; como á Rey, el advenimiento de su reino; como á Amo, el cumplimiento de su voluntad; como á Pastor, el pan de cada día; como á Mediador, el perdón de nuestras deudas; como á Médico, el no caer en las enfermedades del alma, que son las tentaciones; y como á Dios y Hombre, el remedio de todos nuestros males. Estas siete visitas, con sus meditaciones, pueden servir para los días de la octava del Corpus Christi. En el segundo septenario se hallan siete Agradecimientos, á otros tantos beneficios de la Sagrada Eucaristía: sacrificarse por nosotros en el altar; morar siempre en el sagrario; exponerse en la custodia; visitarnos enfermo en el viático; alimentarnos por la comunión; habitar en todos los lugares, y acompañarnos en todos los tiempos. En el tercer septenario pre-

sentamos unas elevaciones con el título de *Dardos de amor á Dios*, que son afectos producidos con gran variedad, sin un orden determinado. En el cuarto son unas bellas y devotas endologías (especie de coloquios, así llamadas), escogidas de entre las del piadoso Ludovico Blosio, y traducidas del latín, en que las escribió; contienen hermosas alabanzas y fervientes súplicas. Terminamos las treinta y una visitas con tres peticiones importantes.

Tal es nuestro opúsculo, que presentamos á la piedad de los fieles; que si ya circulan las Visitas de San Ligorio, las del P. Butiñá, y otras, pero es cierto que en materia de piedad, lo que abunda, no sólo no daña, sino que antes aprovecha, y que la variedad agrada y edifica.

Sólo nos resta justificar el título que adoptamos. ¿Por qué llamamos á este mes encarástico, NARDO AROMÁTICO ANTE EL ALTAR? Primeramente,

para diferenciarlo de otras visitas y rezos análogos. En segundo lugar, por sugerirnoslo así este precioso texto del Cantar: *Mientras el Rey estaba en su reclinatorio, mi nardo exhaló su aroma.* El Rey es Cristo, á quien saluda como á Rey la Iglesia en el oficio del Corpus; el reclinatorio, que es precisamente de los que se usaban en los banquetes, significa la misma Eucaristía, del tabernáculo donde descansa y reside; el nardo ante el Rey es nuestro corazón ante Jesús Sacramentado; y el aroma que exhala, son los afectos amorosos que produce. Así, pues, el Nardo ante el altar, es nuestro pobre corazón ante la dulce Eucaristía. ¡Ojalá y nuestros afectos enciendan otros más y más ardientes en las almas! Tales son nuestros deseos, contenidos en esta jaculatoria, que tanto recitan los fieles: *Sea alabado, y dênse gracias en todo momento, al Santísimo y Divinísimo Sacramento.*



SALUTACION

AL

SANTISIMO SACRAMENTO

PARA COMENZAR CADA DÍA LA VISITA

POR LA SEÑAL DE LA SANTA CRUZ, ETC.

- ℣. Señor, abríras mis labios.
- ℞. Y mi boca anunciará tu alabanza.
- ℣. ¡Oh Dios! entiende en mi ayuda.
- ℞. Apresúrate, Señor, á socorrerme.

Gloria al Padre, etc.

¡Bendito seas, oh amado Jesús mío, bendito seas! ¡Al fin te ven mis ojos, y adora mi alma, y te ama mi corazón, y mi cuerpo se postra en tu pre-

sencia! Yo no acabo de comprender mi felicidad y mi ventura, y me parece que en este instante escucho tu dulce voz que desde ese trono de amor así me dice: «Ven á mí, tú, hijo mío, que estás lleno de trabajos y cargado de tus culpas, y yo te aliviaré.» ¡Ah Señor y Dios mío! Aquí estoy ya á tus plantas, y vengo lleno de gozo á acompañarte en este altar; vengo á juntarme, aunque tan tibio y miserable, con todas las almas fervorosas y amantes que rodean tu santo trono y alaban tus grandezas; vengo, Señor, á decirte una y mil veces que te amo, que te adoro con toda mi alma, que te consagro gustoso todo mi ser, y que detesto de lo más íntimo de mi corazón las culpas con que toda la vida me he manchado; vengo, Señor, á pedirte favores, porque tú eres mi padre; vengo á hacerte frecuentes visitas, porque tú eres mi amigo; vengo á meditar tus virtudes para imitarte, porque tú eres mi her-

mano; vengo á ofrecerte cuanto soy y cuanto tengo, porque tú eres mi dueño; vengo á inflamar junto á ti mi corazón helado, porque tú eres fuego vivo; vengo á unirme íntimamente contigo, porque tú eres el esposo de mi alma, y vengo á adorarte con adoración suprema, porque creo firmemente que debajo de esos accidentes, tú eres Dios de Dios, Luz de Luz, y Dios verdadero de Dios verdadero. Mas como yo nada puedo por mí mismo, si tú no me ayudas, dignate mirarme propicio ¡oh Jesús mío!: fortalece mi debilidad y mi flaqueza; no permitas que el espíritu que está pronto, ceda á la carne flaca; haz que yo sepa ahora velar y orar, como encargabas á los discípulos, para que no me reprendas diciéndome que no he podido velar contigo una sola hora. Concédeme, Señor, el espíritu de San Luis Gonzaga, el de Santa Teresa de Jesús, ó el de alguno de tus siervos que más devotos han sido

de este soberano Misterio; comunícame el fervor de algunas almas que aquí mismo te adoran y te aman con amor verdadero; dame constancia en la meditación, fervor en las visitas, dolor y contrición en los desagravios, y amor y devoción en todas mis prácticas, para que mientras tú ¡oh Rey de gloria! estás en el reclinatorio del tabernáculo, esperando, llamando y recibiendo á los que vienen á visitarte, mi pobre corazón, como un oloroso nardo, derrame delante de ti el aroma de los más suaves afectos. Voy, pues, ya á descansar á la sombra de Aquél que tanto había deseado; voy á gustar sus dulcísimos frutos. ¡Yo te amo, Jesús mío! Virgen inmaculada, amada Madre mía: contigo quiero acompañarme ahora para adorar y alabar á mi Jesús. Ángel de mi custodia, espíritu que estás mirando siempre la faz del Padre celestial, y abrazado en los ardores de su amor, permanece á mi lado, no me dejes, ayúdame á amar,

á bendecir y á glorificar á mi Señor. Amén.

MEDITACIÓN PRIMERA

Jesucristo es nuestro Padre en el Sacramento.

Un padre da á su hijo el ser, el sustento, la habitación y el vestido. Todo esto nos da Jesucristo en la Eucaristía.

1.º Por el Bautismo y la penitencia, nos da el ser de la gracia; pero por la comunión lo aumenta y lo conserva.

2.º Aquí nos sustenta con su propia carne y sangre, haciendo á su carne verdadera comida, y á su sangre verdadera bebida.

3.º Nos da por habitación la Iglesia católica, y el templo, que es casa suya, y aun su propio costado y Co razón divino.

4.º Nos viste la blanca túnica de

de este soberano Misterio; comunícame el fervor de algunas almas que aquí mismo te adoran y te aman con amor verdadero; dame constancia en la meditación, fervor en las visitas, dolor y contrición en los desagravios, y amor y devoción en todas mis prácticas, para que mientras tú ¡oh Rey de gloria! estás en el reclinatorio del tabernáculo, esperando, llamando y recibiendo á los que vienen á visitarte, mi pobre corazón, como un oloroso nardo, derrame delante de ti el aroma de los más suaves afectos. Voy, pues, ya á descansar á la sombra de Aquél que tanto había deseado; voy á gustar sus dulcísimos frutos. ¡Yo te amo, Jesús mío! Virgen inmaculada, amada Madre mía: contigo quiero acompañarme ahora para adorar y alabar á mi Jesús. Ángel de mi custodia, espíritu que estás mirando siempre la faz del Padre celestial, y abrazado en los ardores de su amor, permanece á mi lado, no me dejes, ayúdame á amar,

á bendecir y á glorificar á mi Señor. Amén.

MEDITACIÓN PRIMERA

Jesucristo es nuestro Padre en el Sacramento.

Un padre da á su hijo el ser, el sustento, la habitación y el vestido. Todo esto nos da Jesucristo en la Eucaristía.

1.º Por el Bautismo y la penitencia, nos da el ser de la gracia; pero por la comunión lo aumenta y lo conserva.

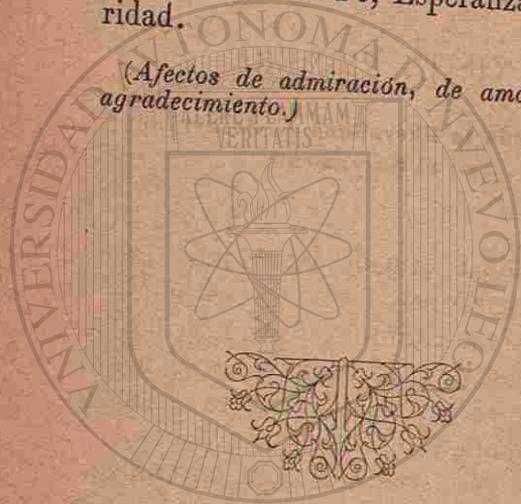
2.º Aquí nos sustenta con su propia carne y sangre, haciendo á su carne verdadera comida, y á su sangre verdadera bebida.

3.º Nos da por habitación la Iglesia católica, y el templo, que es casa suya, y aun su propio costado y Corazón divino.

4.º Nos viste la blanca túnica de

la gracia santificante, que siempre viene acompañada de los tres preciosos hábitos de la Fe, Esperanza y Caridad.

(Afectos de admiración, de amor y de agradecimiento.)



VISITA PRIMERA

**Alabando la liberalidad de Jesucristo
en el Sacramento.**

¡Oh Jesús, amado Padre mío, que no contento con estar en los cielos, quieres estar también conmigo aquí en la tierra, para acompañar al hijo más ingrato; y conservarle tú mismo amorosamente el ser de la gracia que le diste en el Bautismo, sustentándole con tu propio cuerpo y sangre, abriéndole tus casas y aun tu seno por morada, y vistiéndole con el traje de los hijos de Dios. Yo alabo, Señor, bendigo y ensalzo tan grande generosidad y largueza, y no acabo de entender qué has visto en el hombre para engrandecerle en tanto gra-

do, é inclinar hacia él tu divino Corazón. Aquí nos das cuanto tienes, ¡oh dulce Jesús mío! ese tu hermosísimo cuerpo, señalado aún con las llagas que te abrió nuestro amor; esa sangre nobilísima, siete veces y con tanto dolor derramada; esa alma santísima, ungida con la gracia de un modo tan copioso, que de allí se comunica á todo el cuerpo místico de la Iglesia; esa Divinidad adorable, unida para siempre con la santa Humanidad en la unidad de Persona; todo tú, en fin, Señor, lleno de poder y de bondad; y colmadas de dones las manos, vienes á darme, en este inefable Misterio, tus gracias, tus virtudes, con los ejemplos de tu vida, los sufrimientos de tu pasión y los méritos de tu muerte.

¡Benditas sean para siempre tu liberalidad y tu misericordia! Pero yo, ¡oh amado Padre mío! ¿cómo he correspondido á estas finezas? Me avergüenzo aun de pensarlo; pero yo

quiero para confusión mía decirlo: yo, Señor, aún no acabo de entregarte de veras este mi pobre corazón, que con tanto amor me pides; las criaturas aún roban mis afectos, ocupan mi pensamiento, cautivan mi amor y me hacen dejarte á ti lo vil y despreciado. Para ti dejo ¡oh Dios! el tiempo más inútil; para ti los afectos más tibios; para ti las obras más cansadas; rara vez te visito; rara vez medito en tus virtudes; rarísima me enciendo en amorosos deseos en tu presencia. Las vanidades me seducen, las dissipaciones me llenan, las pasiones me dominan, las criaturas despreciables me contentan.

Mas á ti ¡oh mi Padre! si algo te prometo, no lo cumplo; si te visito, me canso y aun me duermo; si te acompaño algunas horas, no encuentro qué te diga; y si te digo que te amo, ni yo mismo me atrevo luego á creerlo. Ayúdame tú, pues ¡oh Padre benignísimo!; cúrame, pues ¡oh

Médico de los cielos!; súfreme sin enojarte ¡oh Amigo inmejorable! Ilumina mi alma con tu luz, enterece mi corazón, arrebatá mis afectos y admite la entrega que ahora te hago de todo mi amor y de todo mi ser, á fin de que pueda decir con verdad: así como Jesús, mi amado, es todo para mí, así para El solo soy yo todo. Amén.

MEDITACIÓN SEGUNDA

Jesucristo en el Sacramento es nuestro Rey.

Los reyes de la tierra se enriquecen con los tributos de sus vasallos; se defienden con su sangre; suelen engrandecerse con su humillación, y gobernarlos con rigor. Al contrario sucede con el reinado de Jesucristo en la Eucaristía:

1.º El Señor no se enriquece con nuestros dones, antes viene á enri-

quecer á sus pobres vasallos con lo que les trae.

2.º No nos pide nuestra sangre para su defensa, aunque, llegado el caso, debemos derramarla por su nombre, porque derramó la suya para defendernos con ella de todos nuestros enemigos.

3.º No se exalta rebajándonos, ni nos abate para engrandecerse; antes se humilla profundamente para ensalzarnos, y se anonada y como que muere bajo las especies, para engrandecernos y darnos vida.

4.º No fulmina leyes terribles ni injustos castigos; antes nos rige con suma benignidad y dulzura, ayudándonos á cumplir con su gracia, la ley divina.

(Afectos de confianza, de agradecimiento, de respeto y amor.)



VISITA II

**Bendiciendo la benignidad de Jesucristo
en el Sacramento.**

¡Oh Rey poderosísimo y amabilísimo, que en este adorable Sacramento tienes sentado tu trono, y que desde él te complaces en derramar tesoros de favores y de gracias sobre tus pobres criaturas, escuchando sus súplicas, remediando sus necesidades y colmando sus deseos! ¿Cómo hiciera yo, Dios y Señor mío, para ver extendido tu reino por toda la tierra, y santificado y adorado tu nombre, y agradecido y venerado tu Sacramento, y amado y fielmente servido tu real Corazón? ¡Ah, Jesús mío! Yo quisiera publicar por todas partes la ri-

queza de tus tesoros, la belleza de tus palacios, las maravillas de tu poder y la magnificencia de tu trono: yo desearía contarles á todos la afabilidad de tu trato, la suavidad de tu gobierno, la dulzura de tus leyes, y el amor inefable con que tratas á tus vasallos. ¡Oh y cuánta felicidad es el servirte, Rey mío y Dueño mío! El servir á la turba de las criaturas, el pertenecer al mundo ó entregarse á sus propias pasiones, es una triste esclavitud, y un miserable cautiverio; pero el servirte á ti, es reinar contigo; es ser verdaderamente libre, con la libertad de los hijos de Dios; es disfrutar de una paz que supera á todo sentido, y gozar de una dicha que á veces con su peso nos agobia. Reina, pues, Rey soberano, desde ese trono de misericordia y de amor, sobre todos los mortales; arrebatada hacia ti todos los corazones; alumbrada todas las inteligencias, y cautiva todas las almas. Por lo que á mi toca, yo no

quiero que este mundo vano y corrompido reine ya sobre mí; yo no quiero, como el pródigo en el colmo de su desgracia, servir á un amo tan cruel como el demonio; sólo suspiro por el reinado de mi Jesús en mi corazón, y no tengo otro Rey sino al Rey de los siglos, inmortal, aunque invisible bajo los velos de ese Misterio. A sólo El quiero que den honor mis potencias y mis sentidos; á sólo El quiero dar gloria con todos mis sentimientos y mis afectos, y cuando mi corazón exhale buenas y amorosas palabras, sólo á este Rey divino quiero dedicar y consagrar mis obras todas, haciendo cuanto emprenda por su amor y su servicio. Y ahora que tengo la dicha de estar en su presencia, salid, hijas de Jerusalén, potencias de mi alma y facultades de mi espíritu, salid y ved al Rey pacífico con la diadema de la Humanidad con que su Madre Virgen le ha coronado en el día de la Encarnación, en que

el Verbo celebró sus desposorios con la humana naturaleza; salid de vuestro sueño, y venid á verle con la blanca diadema de los accidentes con que el amor que me tenía le ha ceñido y coronado. ¡Oh diadema de amor y de abatimiento! ¡Oh Rey de misericordia y de amor! ¡Oh trono de benignidad y de gracia! Cautiva, Dios mío, mi corazón para que te pertenezca; tómalo para que te sirva; ilumínelo para que te encuentre, y enciéndelo para que solo á ti ame. Sé tú, tú sólo, el Rey que le gobierne, el Caudillo que lo dirija, el Amo que lo mande y el Doctor que lo instruya; por que toda mi dicha, todo mi consuelo es el ser de hoy en adelante perpetuo y fiel esclavo de tan benigno y poderoso Monarca; y ya que ahora me dispensas tan larga y bondadosa audiencia, escucha mis súplicas, mira propicio á la santa Iglesia, que es tu reino sobre la tierra, á fin de que, libre de las persecuciones de

sus enemigos, te sirva con segura libertad, y se incorpore un día felizmente con tu glorioso reino de los cielos. Amén.

MEDITACIÓN TERCERA

Jesucristo, en el Sacramento, es nuestro Amo.

Los amos de la tierra dan á sus criados un salario mezquino; los sujetan á muchos y muy penosos servicios; les hacen soportar sus iras, sus enfados y su inconstancia; y, finalmente, los despiden muchas veces con dureza. Muy al contrario se porta nuestro Amo en el Sacramento con nosotros:

1.º Es un amo que nos da el céntuplo, es decir, ciento por uno de lo que dejamos por servirle en esta vida.

2.º Sus órdenes son justas y suaves; nos aligera la carga de sus mandamientos, y el yugo de sus consejos con la unción de su gracia.

3.º Nos trata con bondad suma; y aun cuando por nuestras desobediencias alguna vez se enoja, aun entonces se acuerda de sus misericordias.

4.º Él no nos despide ni abandona jamás, sino cuando nosotros le abandonamos. Y además del céntuplo en esta vida, remunera nuestros servicios con la eternidad de su gloria.

(Afectos de consagración, sumisión, amor y obediencia.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECAS





VISITA III

Celebrando la obediencia de Jesucristo en su Sacramento.

¡Oh Jesús, y amable Salvador mío, que no solamente eres Rey y Señor en nuestros altares, sino que también te llamas y eres en efecto Rey de todos los Reyes, y Señor de todos los Señores, mereciendo por eso que todos los hombres, grandes y pequeños, te llamemos nuestro Amo, cuando hablamos de ese soberano misterio! ¿Cuándo lograré empezar á servirte ¡oh Señor y Dueño mío! siquiera con aquel celo, con aquella fidelidad, con aquel cuidado y esmero con que acá los buenos criados obsequian y ministran á sus amos? ¿Cuándo merece-

ré la recompensa de aquel siervo bueno y fiel, que porque fué fiel en lo poco, le estableciste sobre lo mucho, haciéndole entrar para siempre en el gozo de su Señor? ¿Cuándo me dedicaré á imitar, como debo, los portentosos ejemplos de sumisión y de obediencia que continuamente estás dando en ese Sacramento de amor? Porque siendo tú Señor, dijiste que no habías venido á ser servido, sino á servir, y te humillaste obedeciendo á tu Padre hasta la muerte, y muerte de cruz; y ahora en nuestros altares eres un Dios obediente á la voz del hombre, que vas adonde te lleva, permaneces donde te deja, no sales sin su voluntad de tu cautividad voluntaria, ni rompes jamás las ataduras con que nuestro amor te tiene preso en los accidentes y en el fondo de los tabernáculos. ¡Bendita sea, Señor, tan portentosa obediencia! ¡Alabada sea por todos los hombres tan increíble sumisión! Yo quiero

¡oh Jesús y divino Amo mío! imitarte desde ahora con todo esmero; yo quiero obedecerte á ti, como tú me obedeces á mí, yendo á ti siempre que tú me llames, como tú vienes á mí, siempre que me presento á recibirte. Yo quiero también, y te prometo obedecer con prontitud y con alegría todos los mandatos de mis superiores, para honrar de ese modo tu misteriosa obediencia en la Eucaristía. Sí, Señor y Dueño mío: haz que tu voluntad, adorable y perfectísima, se haga acá en la tierra, con el gozo y presteza con que la cumplen los santos Angeles en el cielo; haz que observemos tus leyes, que respetemos tus mandatos, que obsequiemos gustosos todos tus deseos, y que permaneciendo en tu dichoso servicio toda nuestra vida, merezcamos el no ser arrojados, como el siervo malo, de tu presencia, despojados del talento abandonado, sino antes admitidos al eterno banquete, donde ya, no en enig-

ma ni por espejos, sino cara á cara, y como tú eres te veremos, te alabaremos y te gozaremos por todos los siglos. Amén.

MEDITACIÓN CUARTA

Jesucristo, en el Sacramento, es nuestro Pastor.

Cuatro son los oficios del buen pastor: proporcionar á sus ovejas buenos pastos; apartarlas de los daños; buscar y conducir al aprisco á las que se extravían, y defenderlas del lobo que las acometa. Así Jesucristo en este Sacramento:

- 1.º Nos apacienta con su propio cuerpo y sangre.
- 2.º Nos busca cuando erramos y nos trae amorosamente sobre sus hombros, como se ve en la parábola de la oveja perdida.
- 3.º Nos defiende del demonio con

el báculo de su cruz y el poder de su pasión, depositado en la Eucaristía, y además:

4.º Lo que no hace ningún otro pastor, da cada día la vida de sus ovejas, inmolándose místicamente en el altar.

(Afectos de gratitud, de amor y de admiración).



VISITA IV

Enalzando la misericordia de Jesucristo en el Sacramento.

¡Oh Jesús mío, que dijiste de ti mismo: «Yo soy el buen Pastor, y conozco á mis ovejas, y las mías me conocen á mí:» que con tanta caridad y misericordia haces con nosotros los oficios de pastor en este Sacramento, siendo, por una maravilla asombrosa, al mismo tiempo el pasto que nos alimenta y el pastor que nos lo suministra, la víctima que se inmola y el sacerdote que la sacrifica, el convidador y huésped que nos invita y el convite que nos presenta; el que nos ofrece las aguas vivas de la gracia, y la fuente de ellas, patente

á toda la Iglesia: gracias te doy, de lo más íntimo de mi alma, porque siendo tú el que me apacientas, nada me falta; pues no contento con haberme hecho gustar las aguas corroborantes del Bautismo y con colocarme en los pastos saludables y abundantes de la Iglesia; no satisfecho con convertir á mi alma y dirigirla por los senderos de la justicia, unas veces sustentándola con el cayado de tu protección, y otras amenazándole con la vara de tu justicia, quisiste, para colmo de tus favores, poner en mi presencia una mesa para mí deliciosa, pero terrible contra todos los enemigos que me persiguen y atribulan, por la fortaleza y el valor que nos comunica, pues salimos de ella respirando fuego, como leones, hechos sumamente temibles al demonio. ¡Oh divino Pastor, y cuán apetecible es este pasto que aquí nos preparas! ¡Oh y cuán excelente es el cáliz embriagador que aquí nos sirves! Es cierto

que te costó nada menos que la vida dejarnos esta prenda de los cielos, pues que el cuerpo que aquí se nos da es el mismo que fué entregado y despedazado por nosotros, y la divina sangre que se nos ofrece es aquella que por todos los hombres fué dolorosamente derramada por la remisión de los pecados; pero tu gran misericordia no retrocedió ante la muerte, y te hizo dar la vida por tus ovejas, para mostrar al mundo que eres el único Pastor verdadero, y que este admirable Sacramento es en donde descansas y apacientas en el mediodía de tu amor y de tu celo, y que aquí es adonde deben venir á buscarte las almas que no quieran andar errantes y perdidas tras de falsos y mentirosos pastores. Aquí viene, pues, esta oveja extraviada; búscame, Señor, y recógeme, y sana las heridas que he recibido entre las espinas de mis culpas, y ahuyenta lejos de mí al lobo infernal que me persigue;

y méteme en el pequeñito recinto de tus escogidos, y apaciéntame todos los días, con ese pasto celestial que deleita á los ángeles en el cielo. Y el pan nuestro de cada día, dánosle hoy, Pastor amorosísimo, y desciende ahora de ese trono de misericordia y de gracia, y ven á confortar á mi alma anhelante. ¡Oh pan divino, yo te deseo! ¡Oh, bocado delicioso, yo te apetezco ardientemente! ¡Oh carne inmaculada, yo estoy hambriento de ti! Yo te amo, Jesús mío: yo te recibo en espíritu; ven y únete conmigo para siempre.

MEDITACIÓN QUINTA

Jesucristo es nuestro Mediador en ese misterio.

Un mediador ha menester cuatro condiciones: que sea acepto al ofendido; que pueda representar al ofen-

sor; que oiga los ruegos de éste, y que sepa conducirlos y presentarlos para arreglar la paz y concierto que se desea.

Jesucristo las cumple admirablemente en el Sacramento.

1.º Es aceptísimo al ofendido, pues de él dijo: «éste es mi Hijo muy amado, en el que yo me he complacido.»

2.º Representa admirablemente al hombre miserable, pues se hizo hijo del hombre, y es nuestro padre, nuestro hermano, nuestro esposo y nuestro amigo.

3.º Escucha aquí constantemente nuestras peticiones, recibe nuestras súplicas, oye nuestras disculpas, y examina nuestra causa.

4.º Ora al Eterno Padre por nosotros, aplaca sus iras, detiene sus castigos, y nos atrae mil favores y consuelos.

(Afectos de súplica, de contrición, de amor y de confianza.)



VISITA V

Admirando la misericordia de Cristo en el Sacramento.

¡Oh Jesús Sacramentado, verdadero mediador entre Dios y los hombres, que estás sobre nuestros altares, reconciliando lo más alto con lo más bajo, aplacando con el sacrificio cotidiano las iras del Padre, provocadas con nuestros pecados, interpelando por nosotros, presentándole nuestras súplicas, y moviéndole á piedad de nuestros males y al perdón de nuestras culpas! Gracias, Señor, te sean dadas, porque te has dignado fijar entre nosotros el trono de tu clemencia, y quedarte en la tierra para ser nuestro amigo, nuestro hermano,

nuestro intercesor y nuestro abogado para con tu Eterno Padre; y gracias mil también, porque á pesar de nuestra indiferencia, nuestra tibieza y nuestro olvido, no nos escaseas tus beneficios, ni te alejas de nuestra compañía, ni cesas de procurar nuestro bien y provecho. Aquí estás ¡oh Jesús! como en el misterio de tu nacimiento, dando á Dios toda la gloria que le es debida, con el abatimiento de la vida que llevas profundamente oculta y humillada, y al mismo tiempo procurando la paz, la misericordia y la remisión de sus pecados á todos los hombres de buena voluntad, que no rehusan aprovecharse de estos favores. Aquí estás pagando, como sumo Mediador, todas nuestras deudas á la divina justicia, á fin de dispensárnoslas á nosotros cuando te pidamos su perdón, y exigiéndonos tan sólo que perdonemos igualmente á nuestros hermanos; aquí expías ¡oh Jesús mío! mi vanidad y mi soberbia, con tu

anonadamiento; mi insubordinación y rebeldía, con tu perpetua y voluntaria sumisión; mis goces culpables y mi sensualidad, con el mérito de tus sufrimientos, y todos mis vicios y todas mis pasiones, con tus divinas y preciosas virtudes. ¡Cuánto te debo yo, pues, oh adorable Salvador mío! Si no fuese porque tú me has ayudado, quizá habitaría ya mi alma en los abismos, y á tu infinita misericordia debo el no haber sido consumido. ¡Que bajen, pues, los ángeles á millares, como al establo de Belén, para ayudarme á bendecirte y alabarte! ¡Que todas las almas fieles que aquí están, y todas las que ahora han venido á visitarte, me presten sus corazones para amarte, para glorificarte y para agradecer tus inauditas finezas! ¡Que todas las potencias de mi alma, las facultades de mi espíritu y los sentidos de mi cuerpo, vengan ahora á adorarte, á regocijarse delante del Señor que los ha formado, á

prosternarse ante la faz del Mediador sacramentado en la confesión de sus grandezas y de sus misericordias, y á cantar dulces himnos á su dignación y á su gloria! Y tú, pobre corazón mío, llénate de un santo regocijo, porque el Grande, el Santo de Israel está contigo: alaba su bondad, canta su misericordia, agradece sus favores, y ámallo con toda la exaltación que te inspire tu fe, y con toda la vehemencia que pide su ternura. Yo te amo, mi Señor y mi Rey; mi Dueño y mi Padre, mi Pastor y mi Dios, yo te amo, Jesús mío, con todo mi corazón. Amén.

MEDITACIÓN SEXTA

Jesucristo es nuestro Médico en la Eucaristía.

Los médicos del cuerpo, muchas veces yerran la curación de los enfermos; otras, desconocen la causa de

sus males y el carácter de las enfermedades; suelen curar por su propio interés, y prescribir remedios duros y dolorosos, que ellos quizá no querrian soportar. Jesucristo, por el contrario:

1.º Es el que sana (dice David) todas mis enfermedades; porque sus remedios son todos ciertos y eficaces para una voluntad bien dispuesta.

2.º Conoce mejor que nosotros la gravedad de nuestros males, sabe sus causas, sus raíces y sus más lejanos resultados.

3.º No tiene necesidad de nuestros bienes: nos cura sin interés, por sólo su bondad y el amor que nos tiene.

El soportó todo lo amargo de los remedios, el cauterio del celo en el Huer-to, y las crueles heridas, y la hiel y vinagre en la Pasión; y á nosotros nos suaviza todo lo penoso y nos da el suave bálsamo de su gracia, y el dulce electuario de su Sacramento.

(Afectos de confianza, de admiración y de amor.)



VISITA VI

Considerando el celo encendido del Señor en este Sacramento.

¡Oh Jesús dulcísimo, divino Médico de mi alma, que para que yo te obligara con mis ruegos á que examinaras mis llagas, y para que yo te informara con más frecuencia del estado de mis males, y para curar tú mismo en persona mis enfermedades, quisiste habitar en la misma tierra que yo habito, y tener tu casa en medio de nuestras casas, para que á todas horas pudiésemos fácilmente hacerte nuestras consultas, y traerte nuevas de nuestra gravedad ó de nuestro alivio! Yo te bendigo con toda mi alma, y convido á todos los

flacos y enfermos hijos de Adán, para que conmigo también te alaben y te bendigan, por el celo ardiente de nuestra cura y salvación que muestras en el secreto de este Misterio. Porque aquí te haces en cierto modo flaco y débil, para fortalecernos; nos das tu sangre para curarnos, y formas con ella y con tu cuerpo sacramentado, un bálsamo efficacísimo que calma todas nuestras penas, un unguento celestial que cicatriza en breve todas nuestras llagas, una poción generosa y llena de dulzura que conforta nuestra debilidad, que reanima nuestro vigor abatido, que refrigera los ardores de nuestras pasiones y que restablece nuestra salud. Pero, Señor, lo que más me admira, lo que yo nunca acabo de comprender, es, que por darnos con este Sacramento la vida, te inmoles en él tan frecuentemente con una muerte mística, y que, sin cansarte jamás de permanecer escondido, no nos des

algunas muestras de virtud, de poder y de gloria. De aquí que el mundo te desconozca, que la herejía te niegue, que el sacrilegio te hiera sin cesar, y que la negligencia y tibieza sean el pago más ordinario que damos á tu amor y á tus favores. Era preciso ejercitar nuestra fe con este Misterio, de fe por excelencia, y por esto permaneces en ese anonadamiento continuo, sacrificando tu gloria y tu honor á nuestra utilidad y provecho. ¡Bendito seas; pues, oh Médico divino! por tan singulares beneficios! ¡Bendita sea tu sabiduría, que supo encontrar para nosotros un remedio tan admirable! ¡Bendita tu clemencia y bondad, que así quiso, tan á tu costa, ministrárnoslo! ¡Bendito tu poder, que pudo tan bien confeccionarlo, y bendito tu Sagrado Corazón, que quiso ejercitar todos estos atributos en favor nuestro, de un modo tan amoroso y estupendo! Y por el celo de nuestra salud en que te abrasas

¡oh Médico caritativo! dentro de nuestros sagrarios, concédeme grandes deseos de sanar con la virtud de esta medicina del cielo; de visitar con frecuencia al Señor que gratuitamente nos la proporciona; de no volver á ponerme en las ocasiones de recaídas y de nuevas enfermedades, y de guardar como un tesoro de salud que aquí me hayas concedido. No me dejes caer en la tentación del desaliento, ni en la de la presunción, ni en ninguna otra que me arroje en el lecho de la tibieza ó en el sepulcro del pecado, para que conservando la salud de la gracia y el vigor de la caridad, vaya á alabarte sin cesar en la patria feliz donde no hay llanto, ni dolor, ni enfermedad alguna, sino en la que todo es gozo y vida perdurable. Amén.

MEDITACION SÉPTIMA

Jesucristo, en la Eucaristia, es Dios y Hombre verdadero.

Él nos comunica todos los bienes, dándonosos á sí mismo:

1.º Nos da su cuerpo, en el que tanto padeció por nosotros, obra maestra del Espíritu Santo, formado en el seno de la Virgen María.

2.º Nos da su sangre, siete veces por nosotros derramada, y que sana, fortalece y blanquea nuestras almas.

3.º Nos da su alma, con sus tres potencias, en la cual se derramó la gracia con una abundancia inexplicable, para que de su plenitud recibiésemos todos.

4.º Nos da su divinidad, elevándonos con ella á una altura incomprendible, y haciéndonos hijos de Dios, y casi otros dioses. ®

(Afectos de admiración, alabanza, gratitud, constancia y amor.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TOLUCA
VALERE FLAM VISITA VII
VERITATIS

Glorificando el amor que Jesucristo nos tiene en el Sacramento.

Amantísimo Señor mío sacramentado, que después de tantas y tan preciosas virtudes de que nos das ejemplo en nuestros altares, quieres también continuamente mostrarnos tu ardiente caridad y el amor que nos tienes, dándote todo á nosotros con todas tus riquezas y perfecciones. ¿Qué te daré yo á ti, Señor, por todos los bienes que tú á mí me has dado? ¿Cómo corresponderé á esa entrega total que aquí me haces de todo cuanto puedes, de todo cuanto haces, y aun de todo lo que eres? Me das, Dios mío, ese tu cuerpo inmaculado,

formado en las purísimas entrañas de la Virgen María, hermosísimo, glorioso, impasible é inmortal, el cual es un germen de castidad y de pureza, y una semilla de vida é incorrupción; me das esa sangre noble y preciosísima, figurada por todos los antiguos sacrificios; esa sangre que quita todos los pecados, que lava todas las manchas, que purifica y limpia cuanto toca, y que solamente en figura, libró, en otro tiempo del exterminio y de la muerte al pueblo es cogido, me das tu alma santísima, privilegiada con los dones más altos, colmada con la gracia más copiosa, que te correspondía como á cabeza de los hombres y de los ángeles, y dichosa desde el instante de su creación con la visión beatífica que por su unión con el Verbo disfrutaba constantemente; nos das también, Dios mío, tu Corazón, el Corazón más noble, el más santo, el más perfecto que haya salido jamás de manos de

la Omnipotencia divina, ese Corazón adorable, centro del amor más encendido á Dios y á los hombres, abrasado con los ardores de la caridad más viva, y depositario de todos los tesoros del cielo para derramarlos con profusión en la tierra; me das tu Divinidad misma, abismo de grandeza que no alcanzo á medir, y que con su unión me eleva á una altura que arrebatá á los ángeles de admiración y de asombro, espiritualizando todo nuestro ser, y haciéndonos capaces de las más sublimes virtudes; me das todos los merecimientos de tu muerte con todos los ejemplos de tu vida; me traes todas las gracias que necesito, y no pones más límites á tus dones que los de mi confianza. ¡Oh caridad inagotable de mi Salvador y de mi Dios! ¡Oh amor incomprensible de su Corazón para conmigo! Dame, Señor, juntamente con todos estos dones, una hambre insaciable de este manjar delicioso, unos deseos ardientes

de unirme cada día más estrechamente con él, y un amor fervoroso y tierno, para corresponder al amor singularísimo que me muestras en este Misterio. ¡Que te ame yo, Señor, á tí, como tú me amas á mí! ¡Que me dé yo todo á tí como tú te das á mí, y que me deje yo todo á mí mismo por tu amor, como tú por el mío has encubierto en ese Sacramento tu grandeza, tu majestad y tu gloria! Estos son, Señor, mis deseos: dignate mirarlos propicio, y ayudarme, por tu infinita caridad, á verlos realizados; librame de todo mal en esta vida por la virtud de este Sacramento, y no permitas quede sin recibirle antes de mi muerte, para que con su ayuda pase á contemplarte eternamente en el cielo. Amén.





VISITA VIII

Agradecimiento primero.—Jesucristo en el Sacrificio.

¿Conque no contento con haberte hecho hombre para redimirnos, y con haberte sacrificado una vez en el Calvario de la manera más dolorosa, aún quieres, por una maravilla inaudita, repetir cada día tu sacrificio, y morir místicamente sobre el altar á la mano de los sacerdotes? ¿Conque dentro del seno de la Iglesia verdadera no hay hora del día ni de la noche en que no te estés inmolando, en una ó en muchas partes, por nuestro amor? ¿Conque no cesa un solo instante de subir hacia el cielo, desde ésta nuestra tierra, el suavísimo olor

de la divina Víctima, sin cesar ofrecida y enviada al eterno Padre por los hombres?... ¡Oh dulce Salvador mío! ¡Oh Cordero inmolado en figura desde el principio del mundo, y sacrificado en realidad hasta su fin! ¿Cómo te agradeceré, dueño mío, tan estu- pendo beneficio? ¿Cómo te correspon- deré, pues yo no encuentro dentro de mi propio ser, sentimientos ni afectos capaces de reconocer tales excesos de bondad? ¡Ay! Iluminados queru- bines, que poseéis la ciencia más alta, prestadme vuestras luces, para conocer más y más estas grandezas, y llegar á saber el dón de Dios, y quién es el Señor que por mí se sacri- fica. Y vosotros, serafines encendidos, comunicadme vuestras llamas, dadme vuestros ardores, cededme todo vuestro fuego, para poder corresponder á tantas finezas, y pagar con un amor ardiente y abrasado, el amor de todo un Dios que por mí todos los días se sacrifica. Mas no sois vosotros por

quienes el Señor opera estos favores, sino por nosotros los hombres miserables: me volveré á aquéllos que más supieron reconocerlos y pagarlos. Agradecedlos por mí, sagrados apóstoles, que con tanto amor, reverencia y honor ofrecíais este augusto sacrificio. Mártires esforzados que en El hallabais vuestro único consuelo, vuestro sostén, vuestra fortaleza y vuestro valor en la hora del combate; ayudadme á agradecerlo. Fervorosos confesores que allí tomabais el incentivo de todas las virtudes, y en El encontrabais el secreto de vuestra constancia, ayudadme á agradecerlo. Vírgenes candidísimas, que en este sacrificio aprendíais á sacrificar todos los deleites de los sentidos, y que hallabais ser cosa muy justa sacrificar por Aquél que cada día se sacrificaba por vosotras: ayudadme á agradecerlo. Y tú, Maestra de los Apóstoles, Reina de los mártires, y Virgen de las vírgenes; tú, que sola atesoras

en tu purísimo corazón más amor y gratitud que los bienaventurados juntos; tú, que con tanto gozo cantaste las grandezas de tu Dios y Salvador, ayúdame á agradecerlas, y enséñame á decirle contigo: «Glorifica mi alma al Señor, y mi espíritu se llena de gozo al contemplar la bondad de Dios, mi Salvador, porque ha mirado la bajeza de su sierva, y ha hecho conmigo cosas grandes y maravillosas,» queriendo perpetuar para siempre su sacrificio é inmolarse amorosamente sobre el altar, como en otro tiempo sobre las cumbres del Calvario. Y tú también, alma mía, bendice á tu Señor, y todo lo que hay dentro de mí, á su santo nombre; agradece sus favores, ensalza su bondad y su misericordia, y llénate de dolor al ver el santo sacrificio olvidado de los cristianos; la tibieza de la fe con que se asiste á estos tremendos misterios, que llenan de un santo estupor á los mismos ángeles; la inmundicia de las

manos que ayudan en el altar, y que nos causarían vergüenza si se empleasen en nuestra mesa; el apresuramiento que se busca en los instantes en que el Señor es inmolido, y todas esas irreverencias en que tú también has tenido tantas veces mucha parte. ¡Perdón, Jesús mío, perdón! Ojalá y de hoy en adelante no quiera dejar ni un día de mi vida sin asistir á los santos misterios; no quiera volver á quejarme ingratamente de la duración de tu visita; no quiero desedificar con mi indevoción á mis hermanos, y traspasarte con mis irreverencias el Corazón. Sólo quiero que me enseñes á meditar las santas ceremonias de la Iglesia, á avivar mi fe durante la celebración del Sacrificio, y á estar en él con el respeto, ternura y amor con que estuviera mirando tu crucifixión y tu muerte. Dame, Dios mío, tu gracia, para cumplirlo como debo. Amén.



VISITA IX

Jesucristo en el sagrario.—Agradecimiento segundo.

No fué bastante á tu amor y á tu bondad ¡oh amado Jesús mío! el sacrificarte todos los días tantas veces sobre nuestros altares, y repetir hasta el fin de los siglos la tierna escena del Calvario, sino que quieres quedarte después del sacrificio, depositado en el sagrario, encerrado bajo nuestra llave, reducido á un espacio estrechísimo, cautivo voluntario y perpetuo de tus hijos, y sumiso á su voluntad y á sus órdenes, como el siervo más obediente á los mandatos de su amo. Aquí te dejará abandona-

manos que ayudan en el altar, y que nos causarían vergüenza si se empleasen en nuestra mesa; el apresuramiento que se busca en los instantes en que el Señor es inmolido, y todas esas irreverencias en que tú también has tenido tantas veces mucha parte. ¡Perdón, Jesús mío, perdón! Ojalá y de hoy en adelante no quiera dejar ni un día de mi vida sin asistir á los santos misterios; no quiera volver á quejarme ingratamente de la duración de tu visita; no quiero desedificar con mi indevoción á mis hermanos, y traspasarte con mis irreverencias el Corazón. Sólo quiero que me enseñes á meditar las santas ceremonias de la Iglesia, á avivar mi fe durante la celebración del Sacrificio, y á estar en él con el respeto, ternura y amor con que estuviera mirando tu crucifixión y tu muerte. Dame, Dios mío, tu gracia, para cumplirlo como debo. Amén.



VISITA IX

Jesucristo en el sagrario.—Agradecimiento segundo.

No fué bastante á tu amor y á tu bondad ¡oh amado Jesús mío! el sacrificarte todos los días tantas veces sobre nuestros altares, y repetir hasta el fin de los siglos la tierna escena del Calvario, sino que quieres quedarte después del sacrificio, depositado en el sagrario, encerrado bajo nuestra llave, reducido á un espacio estrechísimo, cautivo voluntario y perpetuo de tus hijos, y sumiso á su voluntad y á sus órdenes, como el siervo más obediente á los mandatos de su amo. Aquí te dejaré abandona-

do la falta de nuestro amor, y la tibieza de nuestra fe durante el día; cerrados los templos durante la noche, quedarás en entera soledad; la herejía vendrá aquí á buscarte para cometer con tu Persona los más sacrilegos atentados; finalmente, la hipocresía, la ignorancia y la malicia de los mismos cristianos que te adoran, abusará de mil maneras de tan santos Misterios; pero nada de ello bastará á entibiar tu amor ni á apartarte de nosotros; porque tus delicias son estar con los hijos de los hombres, y tú mismo con tu boca les hiciste esta consoladora promesa: «he aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación de los siglos.» Pasarás por la indiferencia de los tibios, por el alejamiento de los pecadores, por los furores de los herejes, por las infamias de los adoradores del demonio, y por todos los atentados de los perversos cristianos; pero acompañarás á tus hijos conti-

nuamente, vivirás en sus ciudades; morarás entre sus casas, y merecerás los dos nombres de Dios escondido, y de Dios con nosotros, que te dan las sagradas Escrituras. ¡Bendito sea, Señor, tanto amor y tanta dignación! ¡Bendita sea esta perpetua caridad con que nos has amado, y compadecido de nosotros nos has aquí atraído! Yo la agradezco con todo mi corazón y con toda mi alma. Quisiera recoger todos los sentimientos, todas las palabras y todas las muestras de agradecimiento que he desperdiciado en las criaturas, para emplearlas todas en agradecerte ¡oh Dios mío! el beneficio de tu permanencia continua en medio de nosotros. ¡Venid, hombres ingratos, venid á meditar estos favores, y quedaréis espantados de vuestra insensibilidad y dureza! ¡Venid, almas agradecidas y amantes, venid y agradeced conmigo y por mí la misericordia de un Dios que se hace cautivo por nosotros! ¡Y ya que la tierra

se encuentra tan olvidada, y que la caridad de muchos se ha enfriado, conforme al anuncio del Evangelio, bajad ahora del cielo, almas santas que habéis amado tanto á Jesús en el Sacramento; dejad allá á los ángeles que le alaben, y venid á adorarle en nuestros altares, porque los pobres cristianos de este siglo tenemos la fe dormida y helado el corazón! ¡Teresa de Jesús, Francisco de Jerónimo, Luis Gonzaga, Margarita María, Alfonso de Ligorio, levantaos de vuestros sepulcros venerados, apareced de nuevo entre nosotros, y venid á enseñar á nuestras generaciones indolentes cómo se ama á la Santa Eucaristía, y cómo se agradece la compañía de Jesucristo! ¡Y yo, Señor, yo, miserable, el más tibio de todos tus hijos, detesto el olvido, la indiferencia y los delitos con que el mundo y yo pagamos tus finezas: quiero ser más constante en visitarte, más devoto en los felices instantes en que vengo á es-

tar contigo, más atento á meditar tus maravillosas obras, y más sensible en agradecerlas y en corresponderte! ¡Yo te amo, divino Jesús mío, yo te amo con todo mi corazón! Amén.



VISITA X

**Jesucristo en la custodia. — Agradecimiento
tercero.**

Bien sabías tú, divino Jesús mío, que necesitan ser movidos con objetos visibles y exteriores nuestros sentidos, á fin de mover nuestro espíritu y despertar nuestros afectos, á causa de la dependencia del cuerpo que tienen nuestras almas. Y ya que no era conveniente manifestarte á nuestros ojos, en tu propia y natural figura, ni dejarnos ver la belleza inmortal de tu rostro glorificado, por ser esto propio de la visión de la gloria, quisiste, al menos, mostrarte á nosotros visiblemente, aunque debajo de ajenos accidentes, y dejarte en alguna ma-

nera palpar por nuestros sentidos. Porque no solamente te nos muestras en la elevación, á la mitad del Sacrificio, y cuando sales de tu retrete misterioso á comunicarte con las almas, sino que también te agradas de aparecer algunos días en la custodia, dejándonos ver los cándidos accidentes que allí te ocultan, y ofreciéndonos una pública audiencia, para que vayamos con plena confianza á decirte nuestros trabajos, presentarte nuestras necesidades, y á solicitar el remedio de todos nuestros males. ¡Alabado y glorificado seas, Señor, por esta nueva invención de tu amor, y por este beneficio especial con que quieres avivar nuestro celo y despertar nuestra tibieza!

¡Gracias infinitas te sean dadas, porque así quieres exponerte tantas veces y estar patente á nuestros ojos en ese Sacramento! Mas ¡oh Dios mío! Yo miro, con mi corazón hecho pedazos, que esos días de audiencia públi-

ca para nosotros, son días de públicos ultrajes para ti: que venimos á tus templos con las mismas vanidades, con las mismas inmodestias, y quizá aún con las mismas disposiciones que á las concurrencias profanas: que sólo te visitamos en las horas del mayor concurso, como traídos más por una honesta costumbre que por estimación verdadera, dejándote abandonado cuando la soledad y el silencio del templo harían más estimada para ti, y más fructuosa para nosotros, la visita: rezamos en tu presencia con triste precipitación unas preces en que la confusión y celeridad de las palabras están mostrando que el corazón no toma en ellas parte alguna; revelamos á todos, con la inquietud de nuestras miradas, la de nuestros sentimientos, y con la movilidad de nuestro cuerpo, la indevoción y tibieza de nuestro espíritu, y no sabemos ¡oh Rey de amor! hablarte con el corazón ni una palabra, ni aprovechar

uno solo de esos rayos encendidos de amor que vibras desde en medio de tu trono, y que son figurados por los rayos de oro encendido que te rodean en la custodia. Perdona, Jesús mío, tantas indignidades; enséñanos á aprovechar tantos favores, y ya que en nuestros días te has dignado santificar también el tiempo de la noche, estando expuesto durante ella, para reanimar con este favor, antes no acostumbrado, nuestro cielo, haz que agradezca como debo esta última fineza; que sea constante en mis obsequios, sin dejarme arrastrar del olvido ó la pereza; y que, siendo uno de tus fervorosos adoradores en la tierra, merezca verte cara á cara y alabarte para siempre en el templo de tu gloria. Amén.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN PABLO DE LOS RÍOS
VALERE FLAMMAM
VERITATIS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN PABLO DE LOS RÍOS

VISITA XI

Jesucristo en el Viático.—Agradecimiento cuarto.

¡Oh y cuánto gozo, cuánta devoción y ternura debiera yo sentir, amado Jesús mío, al encontrarte á cada paso en nuestras calles, en nuestras plazas, y aun á la puerta de las más pobres chozas, honrando todos nuestros lugares, bendiciéndolo y ennoblecéndolo todo con tu visita, santificándolo todo con tu presencia! Mas tal vez la pereza me impide adorarte de rodillas, y los humanos respetos, y la más ingrata cobardía, me hacen omitir todos aquellos signos de adoración y de reverencia que debiera entonces tributarte. Gracias

sin fin te doy, Jesús piadosísimo, porque á pesar de tanta ingratitud, no cesas de visitar ningún día á tus hijos enfermos que no pueden ya visitarte por sí mismos: ¡que los ángeles, que á millares te acompañan en el camino, compensen la tibieza de los hombres, y suplan, con sus cantares celestiales, el culto que la tierra te quita y el cristiano te niega! La esposa de los cánticos se quejaba amargamente de que por salir á buscarte por las calles y por las plazas, fué encontrada en el camino por los guardias de la ciudad, quienes, llenos de ira, la maltrataron y la hirieron, y aun la despojaron inicuamente de su manto. ¿Y no sucede ahora en el mundo lo contrario, oh Amor mío sacramentado? ¿No eres ahora tú el que sales cada día, por las calles y plazas de nuestras ciudades, á buscar á las almas que tanto amas, y á quien te han salido al encuentro los guardianes de la ciudad, maltratán-

dote con inicuas disposiciones, hiriéndote en lo más vivo de tu culto público, y despojándote de las santas vestiduras en persona de los ministros que te llevan? ¡Oh, Señor, y qué injusta correspondencia! Pero nada basta á entibiar tu caridad; y preferirás salir ocultamente como un criminal, y carecer del debido aparato, con tal de no dejar de visitarnos en nuestras enfermedades; recibirás al pasar los insultos de los impíos, la indiferencia de los mundanos, y el desprecio de muchos falsos cristianos; entrarás en las chozas más inmundas y miserables, donde no habrá ni las luces que atestigüen la fe de los que allí te reciben; volverás al sagrario, sólo y abandonado, para volverte á ocultar en sus secretas tinieblas; pero el deseo de tu amante Corazón se habrá cumplido, y tus siervos no morirán sin haber sido consolados y confortados con tu última visita. ¡Bendito seas ¡oh adorable Salvador mío!

por tan inexplicable caridad y misericordia: alábente nuestras almas, celebren nuestras lenguas tus favores, y llénense por ellos de amor y gratitud nuestros corazones; y en cuanto á mí, yo te suplico humildemente que, aunque indigno, te sirvas visitarme en la postrera enfermedad, para que dándome entonces con el divino Pan la última bendición, pase confiado á encontrar como Juez al que me acaba de visitar como Padre y como Amigo. Amén.



VISITA XII

Jesucristo en la Comunión. Agradecimiento quinto.

El mayor beneficio de tu amor para con nosotros es, Jesús mío, el haberte querido quedar en la tierra bajo la forma del más común de los alimentos del hombre, para que el hombre te reciba y te coma, y su espíritu se alimente contigo, como su cuerpo con el pan material que le sustenta. Este prodigio consideraba maravillado el Profeta David cuando decía: «hizo Dios un memorial de todas sus maravillas, como misericordioso que es y compasivo; dió un manjar á los que le temen.» Porque aquí, Señor, repites en cierto modo las maravillas de la creación, con la

conversión admirable del pan en tu cuerpo, y del vino en tu sangre; repites las maravillas del pueblo de Israel, haciéndonos gustar del verdadero maná del cielo; iluminándonos con la luz de tus ejemplos, y guareciéndonos debajo de la sombra de tu protección: alimentándonos durante nuestra peregrinación por el desierto de este mundo, hasta que entremos en la verdadera tierra de promisión; repites las maravillas de tu vida y de tu muerte, enseñándonos las mismas virtudes, renovando los mismos misterios, y haciendo en nuestro favor los mismos milagros. Aquí empleaste tu poder, suspendiendo las leyes de la naturaleza en separar los accidentes de sus sustancias; aquí tuviste necesidad de toda tu sabiduría, para encontrar el modo de alimentarnos con tu propia carne; aquí hiciste alarde de tu infinita bondad, en darte todo á nosotros, y nos mostraste la inmensidad de tu amor en querer

unirte con modo tan estrecho con tus pobres criaturas. ¡Oh mi Dios! ¿Será posible en verdad que yo puedo estrecharte en mi seno, que yo puedo meterte en mi pecho, que puedo abrirte la puerta de mis labios, ó introducirte por mi boca hasta lo más secreto de mis entrañas y de mi alma? ¿Será verdad que yo puedo hacerme dueño de ese precioso tesoro, y que puedo encerrar dentro de mí al mismo cielo? Sí, Jesús mío: verdad es, porque tú así lo has dicho, y con tan claras y terminantes palabras, que dudarle sería una locura. ¿Y quién podrá agradecer bastante este último exceso de amor tuyo? ¿En qué parte del cielo ó de la tierra encontraremos una inteligencia capaz de agradecerlo dignamente? ¡Oh comunión divina, y dulce comunión! Tú eres la iniciación del cielo en medio de la tierra; tú eres la prenda sagrada de la futura gloria; tú eres en esta vida el único consuelo de los justos; tú eres

el misterioso banquete con que fué festejado á su vuelta el hijo pródigo, y que causaba envidia al hijo mayor, que son los ángeles; tú eres el pan de los fuertes, el vino de las vírgenes, el trigo de los escogidos, el maná de los peregrinos, la fortaleza de los mártires, la delicia de las almas santas, y el vínculo y trabazón de toda la Iglesia. De ti salen las llamas de amor de Dios que inflaman los corazones; de ti, y sólo de ti sale la tierna caridad que se derrama en obras de misericordia para ayudar á nuestros prójimos; de ti la humildad que atrae todas las bendiciones de Dios sobre la tierra; de ti la santa castidad, la cándida pureza, que trueca en ángeles á los hombres, y en otros tantos paraísos las comunidades religiosas. ¡Oh santa comunión! ¡Tú seas mi consuelo, mi esperanza, mi deleite, mi sustento, y toda mi felicidad aquí en la tierra! Y tú, Señor mío, que en ella amante vienes á mi pecho, reci-

be ahora juntas todas las alabanzas que se han dado en el cielo y en la tierra á este Misterio; recibe, en acción de gracias, todo el amor que El ha encendido en las almas; todos los afectos piadosos que ha excitado en los corazones; todos los discursos que ha desarrollado en los entendimientos; todas las lágrimas de ternura que ha hecho llorar á los ojos de sus devotos, y todos los deseos que ha hecho brotar en nuestros pechos. Recibe también, Señor, todos los actos de honor y de reparación que se han hecho en el mundo en desagravio de los ultrajes que en él has recibido; y porque todo esto es aún insuficiente, te ofrezco la acción de gracias que tú mismo diste á tu Eterno Padre al ir á establecer este Sacramento, y el dolor que sentiste con el primero de los sacrilegios. Recibe esto, Jesús mío, y con esto recibe mi corazón, mi entendimiento, mi vida y todo mi ser. ¡Dichoso yo si pudiera unirme á ti,

como tú en este Misterio de amor te unes conmigo! ¡Dichoso yo si favorecido en la tierra con la participación de tu cuerpo eucarístico, puedo adorarle un día sin velo, y alabarle sin término en la patria celestial! Amén.





VISITA XIII

**Jesús con nosotros en todos los lugares.—
Agradecimiento sexto.**

No podría ser, adorado Redentor mío, que tu cuerpo y sangre sacratísimos gozasen de la misma inmensidad divina, estando presentes en todos los espacios del universo; pero siendo tu amor á los hombres inmenso é infinito, quisiste dar á tu divino Sacramento una especie de inmensidad terrena que le hiciese encontrarse en todos los lugares donde el hombre mora y te confiesa. Mas ¿cómo tu divino Cuerpo, siendo único, podría encontrarse á la vez el mismo y todo entero en tanta variedad y diferencia de lugares? ¡Ah, Señor! Como para

el amor nada hay imposible, tú dobles con tu omnipotencia las leyes de la naturaleza, y realizas el prodigio asombroso de multiplicar tu presencia, y de bajar á la voz del sacerdote, y colocarte en los altares, y encerrarte en el tabernáculo, para estar adonde están los hombres, y morar donde ellos moran, y habitar en donde ellos habitan. En las grandes y populosas ciudades, en las grandiosas catedrales y en las suntuosas basílicas habitas; pero no te desdeñas de morar también en las villas y en los pueblos, y de tener tu asiento en las iglesias más humildes, y en los más deteriorados altares, y en los más toscos sagrarios donde nuestra ingratitude te coloca, con tal de mostrarnos con los hechos que tus delicias son estar con los hijos de los hombres. Donde quiera que haya un grupo de fieles, y una mano sacerdotal que te consagre, tú bajarás al mandato de su voz, y te ofrecerás en sacrifi-

cio; y si hay cuatro paredes con modesta techumbre, y un arca, aunque estrecha, de madera, con llave, y un poco de óleo que arda ante el altar, allí quedarás con gusto en medio de tus hijos, y permanecerás expuesto, como en Belén, á las inclemencias de los tiempos; y como en tu predicación, á la incredulidad de los impíos; como en el Calvario, á los sacrilegios de los deicidas; pero nada será capaz de arrancarte del amoroso sacramento, y acompañarás á los hombres en ambos continentes, y en las islas escarpadas; entre las naciones civilizadas y en los bosques de los salvajes recién convertidos. Y multiplicarás á tal punto tu presencia, que á la voz de un millón de sacerdotes, por todo el universo diseminados, bajarás desde el cielo á un millón de lugares en la tierra, y multiplicarás tu presencia de un modo inaudito, y siendo uno, tu omnipotencia te hará poder estar todo entero á la vez en los cie-

los y todo entero en la tierra; y en la tierra, todo entero en todos los sitios donde eres sacrificado, y todo entero, glorioso, impasible, inmortal, en cada uno de los sagrarios donde el sacerdote te deposita, sin romper jamás las ataduras de tu cautividad voluntaria, aun cuando caigan sobre ti toda la furia de los herejes y toda la rabia del infierno ¡Jesús mío! ¡Señor mío! ¡Cuán grande y admirable es el amor que nos tienes, y que en este portentoso misterio nos muestras! ¡Y cuán incomprensible muestra, insensibilidad y dureza, pues no morimos de amor á tus pies, ni moramos de día y de noche en nuestros templos, ni venimos siquiera á visitarte cada día, y á reposar de las fatigas de la vida, y á endulzar las amarguras del destierro en los brazos de este amigo tan tierno, que baja cada día de su trono por acompañarnos en este valle de lágrimas! Felizmente hay siempre almas grandes y generosos corazones

que te vean agradecidos, y nunca faltan en el mundo, aunque tan pervertido, fieles fervorosos, que pasen, como San Francisco Javier, las noches enteras al pie del Sacramento, después de días fatigosos empleados en buscarte nuevos adoradores. En vano el infierno suscitó horribles tempestades que arrojen á las almas ardientes, que dejando el mundo se reúnen en torno del sagrario para ocuparse en amarte y alabarte; ellas te buscarán por todas partes, y la adoración continua, introducida en los santos asilos, responderá con alegría á los desafíos del averno. Mas ¡cuántos, Jesús mío, no te aman! ¡Cuántos viven hoy en el mundo ignorando el amor que les tienes, y sin contar jamás contigo, como si no estuvieras entre nosotros, ni en la tierra tuvieras tu morada! ¡Alumbra, Señor, á estos ciegos para que te vean; ablanda esos duros corazones para que te amen, y llama á esas po-

bres almas para que vengan á ti, su luz y su vida! En cuanto á mí, yo tendré mis delicias en visitarte y en estar contigo; y cuando los negocios me obliguen á transportarme á otros lugares, pensaré que tu amor previsor me ha antecedido, y procuraré, antes que todo, ir á verte, y á testificarte cuánto te amo, y á agradecerte el favor de estar en todos los lugares, para que en todos te halle, y en todos te ame, y en todos sea colmado de tus celestes bendiciones. ¡Dios mío, Jesús mío, que en todas partes sacramentado te hallas por mi amor! En todas partes te amo, en todas partes agradezco tus favores, en todas partes te adoro y te venero, hasta que ya no en variedad de lugares, sino en la unidad de tu gloria, te encuentre, sin celajes te mire, sin límites te goce, y sin cesar te adore eternamente. Amén.





VISITA XIV

**Jesús con nosotros en todos los tiempos.—
Agradecimiento séptimo.**

Cuando dijiste á los Apóstoles aquellas regaladas palabras: «He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo,» no sólo prometiste, Jesús mío, estar con todos los hombres, donde quiera que ellos morasen, multiplicando tu presencia en todos los lugares, pues de otro modo no podías estar con ellos, sino también extendiste tan gran beneficio á todos los tiempos al decir *hasta la consumación de este siglo*, y lo hiciste continuo al especializar *todos los días*. Y así ¡oh Amor mío sacramentado! aquí nos muestras la

constancia de tu amor que no se cansa, que jamás suspende la efusión de sus gracias, ni interrumpe un solo día la entera donación de sí mismo, que nos hace en este adorable misterio. Bien podrá el hombre, tan inconstante y tan voluble, dejar pasar muchos días sin venerar ni visitar á su Dios sacramentado; bien podrá olvidarle durante las noches al entregarse al sueño, sin saludar ni aun de lejos al Amigo celeste que pasa las noches en su prisión voluntaria; ¡qué digo! bien podrá olvidarle durante años enteros, y amar al mundo, y embriagarse en la copa de Babilonia, y declarar al Señor, su Dios, una guerra espantosa; empero tú, Jesús, aquí le esperas, y aquí cada día por él te ofreces, y aquí moras las noches y los días, y los meses y los años, suspirando por el dichoso día en que aquel pródigo, arrepentido, venga á sentarse en este celestial banquete. Y lo que pasa con el hombre, pasa

también con pueblos y naciones enteras. ¡Cuántos y cuántas te han abandonado, desechando la fe, persiguiendo las imágenes, derribando los templos y demoliendo los altares, cometiendo contra tu mismo Cuerpo sacramentado, horrendos atentados, que no se pueden ni aun pensar sin terror! ¡A qué clases de sacrilegas profanaciones no se arrojaron los herejes de los últimos siglos en contra de este Misterio, inventando nuevos géneros de injurias y deshonras para ultrajarle! Y en el día de hoy, ¡qué no han hecho las leyes de los hombres para servir el odio de los demonios contra la adorable Eucaristía! «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» le decías al futuro Apóstol de las naciones, que no te conocía, dándote por perseguido tú mismo en persona de tus siervos. ¿Y no pudieras preguntar lo mismo en nuestros días a las potestades del siglo, que á ti te despojan cuando despojan á tus minis-

tros, á ti te arrojan cuando arrojan á las vírgenes del claustro, y tu voz acallan, cuando hacen enmudecer á los bronces consagrados que á los fieles convocan para adorarte en los altares? ¡Ah, Señor mío! ¿Por qué siquiera en estas épocas nefastas no vuelas de la tierra, y te escondes entre los ángeles, de las sacrilegas persecuciones de los hombres? ¿Por qué siquiera, cuando la humanidad está como poseída de furor contra tu fe y contra tu culto, no te alejas de entre esos perversos corazones? ¿Por qué no practicas lo que aconsejabas á tus discípulos la vez que les decías: «Cuando os persiguiesen en esta ciudad, huid hacia otra.» (Math., X, 23.) Mas no, Señor; tú dijiste que estarías con nosotros todos los días, y por eso no nos dejas; prometiste estar en nuestra compañía hasta la consumación del siglo, y por eso, ni los atentados de los herejes que no creen, ni las ingraticudes de los fieles que creen,

ni las persecuciones de los poderes, que ni creen ni quieren que otros crean, nada es bastante á arrancarte de en medio de tus hijos; de suerte que de tu amor habla la esposa santa cuando dice: «Las muchas aguas no han podido extinguir la caridad, ni los ríos la anegarán.» (*Cant., VIII, 71*) Pues ni las aguas de la ingratitud de los fieles, ni los ríos de las persecuciones de los impíos, nada ha podido entibiar el amor que te ha hecho prisionero en nuestros altares. Así, con los hombres estuviste en los siglos de los mártires, alentándolos á sellar, con su sangre, su fe; con ellos estuviste en los siglos de los heresiarcas, alumbrándolos para descubrir el error y combatirlo en los siglos de la ignorancia; con ellos estuviste manteniendo la verdad sobre la tierra, en nuestros siglos de rebelión y apostasia; con nosotros estás fortaleciéndonos, consolándonos, librándonos de todas las seducciones y man-

teniendo vivas nuestras esperanzas. ¡Bendito seas, amado Jesús mío, por tan inalterable constancia! ¡Bendito por tu fidelidad en cumplir tus promesas! ¡Bendito por tu caridad en no dejarnos nunca solos y huérfanos en este desierto! Haz, Señor, que nosotros seamos también constantes en visitarte, fieles en hacerte compañía, fuertes en no dejarnos vencer de las mil tentaciones y disipaciones que tienden cada día más á alejarnos de ti. ¡Que todo nuestro gozo sea el estar contigo, todo nuestro contento el verte, toda nuestra delicia el recibirte en nuestro pecho, y toda nuestra ocupación trabajar por tu gloria, á fin de continuar un día en el cielo, ante ti, descubierto, la adoración y las alabanzas que te tributamos en la tierra. Amén.





VISITA XV

Primer dardo de amor á Dios.

¡Dios mío, qué grande sois! ¡Qué poderoso, pero también qué benigno, qué misericordioso! ¡Qué amante de los hombres! ¿No me diréis, Señor, qué visteis en nosotros que así atrajo vuestras miradas y vuestro amor sobre tan viles criaturas? ¿Es acaso la semejanza tan grande que con Vos tenemos?... Pero ¡ah! nosotros la hemos destruido casi en su totalidad con las manchas de la culpa y las ruinosas quiebras del pecado. ¿Es acaso el ser vuestra hechura y la obra más preciosa de vuestras manos? Mas nosotros hemos degenerado de nuestros

altos destinos, y hemos envilecido nuestro ser, bajando con la ignominia de nuestros apetitos al nivel de los brutos. Pues ¿por qué nos amáis, Dios mío? ¿Por qué nos amáis tanto, con un amor tan desinteresado, con un amor tan generoso, y tan vivo, y tan eficaz, que es comparable al fuego en su actividad y en su calor? ¿Y cómo nosotros no os amamos? ¿Cómo no os damos todo este corazón, ya que es tan pequeño? ¿Cómo no os amamos con todas nuestras fuerzas ya, que son tan débiles? ¿Cómo no os servimos toda nuestra vida, ya que es tan corta y tan miserable? ¿Cómo no aprendemos á amaros, de ese vuestro Corazón que es todo amor; de ese Corazón que es todo fuego; de ese vuestro Corazón, que es un foco abrasador, del cual se desprenden y al cual concurren al mismo tiempo todos los rayos de fuego sagrado que vivifican y encienden á todo el universo? ¡Ah Señor! ¡Quién me diera abrasarme en este amor!

¡Quién me concediera el quemarme en ese fuego! ¡Quién me pusiera en medio de ese foco para vivificarme, y para encenderme en los rayos de una caridad ardiente é inextinguible! Porque yo os amo, Jesús mio, porque yo os adoro, porque yo me siento morir de amor por Vos; por esto quiero amaros más y más, por eso quiero adoraros aún más profundamente; por eso quiero vivir sólo para Vos; pensar siempre sólo en Vos, hablar con Vos y para Vos. ¡Oh y qué poco os amo todavía, vida de mi vida! ¡Oh y cómo no os amo con ese amor puro y ardiente, con ese amor generoso y eficaz con que quisiera amaros; con ese amor que quema, que incendia, que abraza y que consume como el fuego; con ese amor que parece locura, pero locura preciosa y envidiable, cual era la de los santos, que no vivían sino para amaros con toda la exaltación de un espíritu que os busca y al fin consigue encontraros!

¡Amar á Dios! ¿Hay acaso cosa más santa y más sublime, más suave y agradable, más provechosa y obligatoria? ¡Amar á Dios! He aquí ¡oh alma mía! todo el fin de nuestro ser; todo el norte de nuestra vida, todo el objeto de nuestras solicitudes, todo el blanco de nuestros deseos, todo el centro de nuestras aspiraciones. ¡Amar á Dios! He aquí la alegría de nuestro corazón, la quietud de nuestro espíritu, la felicidad de nuestra alma, y la dicha suprema de toda criatura.

¿No es así, Dios mío? ¿No soy el alma más feliz de la tierra cuando os estoy amando? ¿No siento una suavidad y una dulzura inefables cuando tengo la dicha de hablar con Vos, y de presentaros los pobres sentimientos de mi ruin corazón? ¿No soy verdaderamente superior á todos los Reyes y grandes de la tierra, cuando confundido entre la muchedumbre de los que os aman y os adoran, bajo la

augusta sombra del santuario, os tributo los rendidos homenajes de mi fe, de mi respeto, de mi adoración y de mi amor? ¡Oh Jesús mío y Dios mío! ¡Cómo no me es dado extender mi voz por todo el universo, y predicar á todos los hombres las dulzuras infinitas de nuestro amor! ¡Cómo no me es posible daros á conocer á todas las inteligencias, y hacer que os sientan todos los corazones, para llenarlos á un mismo tiempo de luz y de calor, de una claridad que alumbre celestialmente su espíritu, y de un fuego que consuma dulcemente su alma en las llamas sagradas de vuestro amor!

Almas del mundo, vosotras que vivís olvidadas enteramente de Dios, vosotras que ignoráis, por vuestra ceguedad, cuánto os ama, venid; venid al Sacramento de su amor, y vuestras tinieblas se desharán á la presencia de ese sol que alumbra al mismo tiempo que calienta; venid y veréis

cuán bueno es, cuán bondadoso, cuán grande y lleno de poder, cuán sabio y colmado de santidad. Venid; yo os contaré lo que ha hecho conmigo; yo os referiré las ingratitudes de mi vida, juntamente con sus misericordias; yo os haré conocer, aunque me cubra de vergüenza, la larga serie de mis maldades, junta con la cadena de sus bondades; y al contemplar por una parte tanta bondad y tanto amor; tanta paciencia y disimulo; tanta liberalidad y misericordia; y por otra tanta malicia y desvío, tanta constancia en ofenderle, y tanta negligencia y repugnancia en su servicio; al mirar á un tiempo mismo la vileza del hombre y la grandeza de Dios, no podréis menos de caer á sus plantas mudas de asombro, pero llenas de confianza y deseosas sumamente de su amor.

Pero, Jesús mío, amado de mi alma, ¿Cómo quiero encender al mundo en vuestro amor antes de consumirme yo

mismo en sus ardientes llamas? ¿Cómo quiero hacer á los corazones generosos, fieles y agradecidos, si soy aún tan miserable y tan ingrato? ¡Ah, Señor! compadecéos de mí, dadme una mirada desde el fondo de vuestro tabernáculo, como aquella que dísteis al Príncipe de los Apóstoles; una mirada que á un tiempo mismo me purifique y me encienda, que cause mi perfecta conversión, y me inflame ardentemente en vuestro amor; nada más quiero; ninguna otra cosa pido. Sólo vuestro amor llena completamente los deseos y las necesidades de mi pobre corazón: dadme solamente vuestro amor con vuestra gracia, y soy bastante rico; ni os pediré jamás otra cosa, os diré con uno de vuestros siervos.

Haced que me una con Vos, que sólo piense en Vos, y que sólo viva en Vos y para Vos; haced que supla mi fervor y mi afecto en este tiempo, todo lo que ha faltado á mi flaqueza

en las otras épocas de mi vida; haced que me consuma vuestro amor, y que tenga yo la dicha de inflamarme en vuestros divinos ardores que sólo encuentran su consumación en el reino inmortal de los cielos. Amén.





VISITA XVI

Segundo dardo de amor á Dios.

Dios mío, Señor mío, cada día ardo más en deseos de amaros; cada día se aumentan mis ansias y se inflama más mi amor. ¿Y, no sois, en efecto, digno de ser cada vez más amado y más conocido, y cuanto más conocido, tanto más amado de las criaturas? ¡Jesús mío, Jesús mío! ¡Quién tuviera los ardores de las almas santas! ¡Quién fuera tan dichoso que no pensara más que en Vos, que nunca hablara sino de Vos ó para Vos, y que nunca hiciera ninguna acción sino en Vos y por Vos! Yo os amo, Dios mío; yo os amo, Señor mío; yo os amo, querido de mi alma y deseado

de mi corazón; yo os amo con el amor de todas las criaturas; con el amor de los ángeles y de los serafines, con el amor de los santos Apóstoles y el de los mártires; con el amor de los confesores y de las vírgenes; con el amor que ha habido siempre para con Vos en la Iglesia, y se ha continuado siempre en el corazón de muchos de sus hijos.

Quando considero, Señor mío, cuán poco conocido sois de los hombres; cuando tiendo una mirada sobre el mundo y le veo ocupado sólo en ofenderos, empleado en mil indignas frivolidades y olvidado del Dios santo y providente que rige nuestros destinos; cuando miro el reino del demonio extendido por todo el universo, y al pecado manchándolo todo con su inmundo contacto; cuando contemplo la parte que yo, miserable, he tenido en la locura del mundo y en el reino del pecado, me espanto y me confundo, Dios mío, me lleno de tur-

bación y de tristeza, deploro nuestra miseria. Pues qué, ¿no sois Vos digno de ocupar todos los cortos instantes de nuestra vida? ¿No sois digno de poseer todo el amor de nuestro pobre corazón? Qué, ¿no deberíamos estaros siempre amando, estar siempre pensando en Vos, estar siempre inflamados en el fuego que consume el corazón de los bienaventurados, consumiéndonos de amor por Vos? Pues qué, Señor y Dios mío: ¿no encontraríamos en vuestro amor toda nuestra dicha, toda nuestra alegría, nuestra paz y nuestra felicidad? ¡Jesús mío, Jesús mío! ¡Qué pobre y qué miserable es el hombre que no os ama! El abusa de vuestros dones, pervierte vuestros mismos beneficios, comete la más monstruosa de las ingratitudes, y entregando su corazón á las criaturas, siempre amante de la vanidad y en busca de la mentira, abandona la fuente viva de la felicidad, y engaña su sed en las aguas

cenagosas de las rotas cisternas del mundo.

Pero, Dios mío, si el mundo os desprecia, yo os adoro prosternado en el polvo; si el mundo se olvida de Vos, yo quiero teneros eternamente en mi memoria; si el mundo sólo vive para ofenderos con las más espantosas transgresiones de vuestra ley querida, yo sólo quiero vivir para amaros, para abrasarme y para consumirme del todo en las llamas de un amor inextinguible.

Dios de mi vida, y vida de mi alma: yo quisiera tener tantos corazones cuantos son los mundanos que os desprecian, y amaros tanto con todos ellos, que compensara de alguna manera las ingratitudes del mundo; yo quisiera dar mi vida en el martirio tantas veces cuantas os he ofendido yo mismo, para que la efusión de mi sangre fuese el sello de mi arrepentimiento, y la pérdida voluntaria de mi vida, la prenda de vuestro perdón

y de vuestra misericordia; yo quisiera ser del número de aquellas almas que son como unos vivos altares donde arde siempre en vuestro honor un fuego sagrado; ese fuego que nada apaga, que siempre arde, que siempre se acrecienta, y que encuentra en la posesión completa de la patria su feliz consumación.

Yo os amo, Dios mío; os amo, querido de mi alma y amado de mi corazón: ¿y qué sería de mí si no os amara? ¡Ah, Jesús mío! Me espanto á la vista de esta terrible suposición. Si yo no os amara, sería el alma más desgraciada; no hallando consuelo ni placer en las criaturas, cuya vanidad he conocido ya, entregado al desorden de mis propias pasiones y á la perversidad del que no obedece á su Dios, ¿cuál sería mi suerte? ¿Cómo podría sufrir una vida sin amor? ¿Y cómo viviría lejos del Corazón de Jesucristo, único digno de poseer el mío con todas sus fibras y hasta su

último latido? ¡Oh! ¡No, mi Jesús divino! Mi vida sin vuestro amor, sería la anticipación del infierno, precursora de una eternidad sin Vos. Mi vida sin vuestro amor sería como la flor sin el rocío que la vivifica, como el campo sin la lluvia que le fecundiza, como el prado sin el arroyo que le embellece, como el mundo sin el sol que lo ilumina y lo calienta. Mi vida sin vuestro amor, sería una vida sin fruto y sin vigor, una vida sin hermosura y sin actividad; sería más bien que vida, una muerte continua, compañera inseparable de una muerte eterna. Pero, Señor: ¿es verdad que nunca viviré así? ¿No es cierto que no me dejaréis incurrir en tal desgracia? Decídmelo, Salvador mío; decídmelo, queridísimo Jesús mío, porque si no me lo decís, yo me siento morir. Yo bien sé cuál es la inconstancia del corazón humano, y en particular la del mío; yo bien sé que la gracia puede perderse siempre,

pues que Vos, por medio de vuestra Iglesia, me lo habéis asegurado; pero, Dios mío, á pesar de eso yo espero en vuestra gracia omnipotente; yo aguardo de Vos lo que jamás me atrevería á prometerme de mí mismo, la perpetua posesión de vuestro amor; yo os pido como el más precioso de vuestros dones, el poder decir con tanta verdad como el Apóstol: ¿Quién podrá separarme del amor de mi Jesús? ¿Las tribulaciones y las penas, el hambre y la desnudez, la persecución y el martirio? ¡Oh! no; yo confío en mi Señor y mi Dios, que ni los trabajos de la vida ni las angustias de la muerte me separarán de mi Dios; antes al contrario, después de haberme unido á Jesucristo en la tierra, me llevarán á la posesión inmutable de su amor en las moradas de la gloria.



VISITA XVII

Tercer dardo de amor á Dios.

Dios mío, Jesús mío, yo muero de amor por vos. Vos sois mi Creador y Señor; Vos mi Padre y mi Amigo; Vos mi Esposo hermosísimo, escogido entre millares; Vos mi tesoro, mi dicha, mi gozo y mi suprema felicidad. ¿Por qué no os amaré yo como os amaban los Santos, Jesús mío? ¿Por qué no sentiré yo en mi pobre corazón ese fuego devorador, ese fuego inmenso que invade al mundo todo con sus celestiales ardores, y que tiende con su actividad á consumir y liquidar todos los corazones? ¿Qué fatales cadenas me atan aún contra la tierra y me impiden volar á buscar allá en el

pues que Vos, por medio de vuestra Iglesia, me lo habéis asegurado; pero, Dios mío, á pesar de eso yo espero en vuestra gracia omnipotente; yo aguardo de Vos lo que jamás me atrevería á prometerme de mí mismo, la perpetua posesión de vuestro amor; yo os pido como el más precioso de vuestros dones, el poder decir con tanta verdad como el Apóstol: ¿Quién podrá separarme del amor de mi Jesús? ¿Las tribulaciones y las penas, el hambre y la desnudez, la persecución y el martirio? ¡Oh! no; yo confío en mi Señor y mi Dios, que ni los trabajos de la vida ni las angustias de la muerte me separarán de mi Dios; antes al contrario, después de haberme unido á Jesucristo en la tierra, me llevarán á la posesión inmutable de su amor en las moradas de la gloria.



VISITA XVII

Tercer dardo de amor á Dios.

Dios mío, Jesús mío, yo muero de amor por vos. Vos sois mi Creador y Señor; Vos mi Padre y mi Amigo; Vos mi Esposo hermosísimo, escogido entre millares; Vos mi tesoro, mi dicha, mi gozo y mi suprema felicidad. ¿Por qué no os amaré yo como os amaban los Santos, Jesús mío? ¿Por qué no sentiré yo en mi pobre corazón ese fuego devorador, ese fuego inmenso que invade al mundo todo con sus celestiales ardores, y que tiende con su actividad á consumir y liquidar todos los corazones? ¿Qué fatales cadenas me atan aún contra la tierra y me impiden volar á buscar allá en el

cielo á mi Señor y á mi Dios, al objeto único de mi ternura y de mi amor?

¡Ay, Jesús mío! Me parece luego que me preguntáis como á San Pedro: «¿Hijo mío, me amas?» y que reiteráis con insistencia esta pregunta. Sí, Señor: Vos sabéis que os amo; sabéis que hace algunos años (¡ojalá y fueran todos los de mi vida!) que sólo vivo por Vos y para Vos, que no pienso más que en Vos, que no procuro más que complaceros y agrada-ros, y que no quisiera que hubiera en mí ni un solo suspiro, ni una sola respiración de que Vos no fueseis el dueño y el objeto. Sí, Jesús de mi vida: yo siento que os amo, porque todo otro pensamiento que no sea Vos, me turba y me entristece; porque cuando estoy en vuestras santas casas, creo estar en el cielo, y no quisiera salir de ellas jamás; porque cuando hablo con los hombres, y no es de Vos, parece que una niebla cu-

bre mis ojos, parece que una pesada losa oprime mi corazón. Las palabras que no me encienden en vuestro amor, me entristecen y disgustan; me dan un tedio supremo esas mil locuras que son el asunto ordinario de las conversaciones humanas; quisiera que todos los hombres os amaran para poder hablar con ellos de vuestro amor, y sólo entonces sus palabras me serían dulces y agradables. Siento que os amo, Dios mío, pero desgraciadamente es muy poco; porque aún me estorban las criaturas, me distraen las conversaciones, me entibian las visitas, y hacen flaquear mi constancia las ocasiones. Me parece que os amo, Dios mío; pero ¿qué amor es este mío, que siempre se queda en palabras y no pasa á dar frutos en las obras; que no consigue el hacerse dulce y afable para con los demás, paciente en los trabajos, resignado con las aflicciones, obediente en todas las cosas, y profunda-

mente humilde como conviene al que verdaderamente os ama? Por eso, pues, Dios de mi vida, vengo á pedir vos vuestro amor, vuestro amor puro y perfecto, vuestro amor activo y eficaz, que produzca en mi alma efectos saludables y frutos de bendición; vengo á suplicaros me concedáis que reine una feliz concordia entre mis pensamientos y mis acciones, entre mis sentimientos y mis obras, entre mis deseos y mis ocupaciones; vengo á suplicaros que os dignéis llevarme por el camino de las sólidas virtudes, para poder acompañar mi amor hacia Vos, con esos frutos copiosos, indicios seguros de su realidad y de su aumento.

Vos me habéis dado tanta confianza, tanta familiaridad y tanto ánimo para pedir vos grandes cosas, que usando ahora de ese misericordioso permiso y de esa bondad paternal, quiero haceros una doble petición. Concededme ;oh vida mía! al mismo

tiempo estas dos cosas: que os ame yo más que todas las criaturas que os aman en el mundo en la actualidad, y que sea juntamente la más baja y la más humilde de todas ellas; quiero ser el alma más amante y la más humilde; quiero que no haya nadie sobre la tierra que me haga ventaja en el amor hacia Vos. En buena hora que favorezcáis á quien os plazca con los más singulares favores; que les abráis, aun en esta tierra y en esta vida, los gloriosos secretos que sólo se revelan en la otra y en el cielo; que les hagáis gustar, como á las Teresas y á las Catalinas, los inefables consuelos de la más elevada contemplación; que les déis como á probar con anticipación las celestiales dulzuras de la unión más estrecha; yo no envidio á estas almas puras y humildes, estos vuestros soberanos favores; sólo envidio vuestro amor que en ellas resplandece, y la humildad que las dispone á recibirlos. Yo no

merezo ni os pido esas gracias, pero sí os pido su amor y su humildad; quiero igualarlas, quiero superarlas en amaros y en humillarme. Concedédmelo, Jesús divino; concedédmelo, amable Salvador de mi vida. Ya que yo he sido más pecador que todos los hombres, debo amaros más que todos ellos, siquiera en recompensa de cuanto os he ofendido.

Así, pues, amado mío, que arda desde hoy mi pobre corazón en un incendio de amor inextinguible; que todos mis deseos sean ya fervorosas aspiraciones hacia Vos; que mi lengua no sirva ya sino para alabaros, para bendeciros, para publicar en todo el universo las maravillas de vuestro amor; para contarles á todos las grandes misericordias que habéis obrado en esta pobre y miserable criatura, para exaltar la inmensidad de la ternura de vuestro divino Corazón, para animar á todos en vuestro servicio, y para hacer cuanto

pueda porque todos os conozcan y, conociéndoos, os amen, y, amándoos, os honren ó glorifiquen para siempre; que mi corazón no se adhiera jamás á la despreciable ruindad de las criaturas, sino que fijándose inmutablemente en Vos, Creador de todas, siempre os ame, siempre suspire por Vos, siempre se una con Vos, y siempre anhele por el feliz instante en que, dejando de latir en este mundo vil y corrompido, pase á poseer las inmensas felicidades de vuestro amor, en aquella patria verdadera, en aquel asilo imperturbable, en aquella mansión de dicha y de consuelo, donde vuestro amor todo lo llena, todo lo vivifica y todo lo embellece. Sí, Jesús mío: el amaros siempre y sin cesar, el amaros constantemente y sin tibieza, el amaros eficazmente y sin remisión, es todo lo que deseo, todo lo que intento y todo lo que os pido. Dadme un amor continuo y fervoroso, que me abrase, que me incendie

y me consuma, para que después de hacerme en esta vida una víctima entera de amor, vaya á consumir este gustosísimo sacrificio en las regiones eternas, donde vuestro amor nunca acaba, donde jamás se entibia, y donde siempre inunda en torrentes de delicias nuestra alma y nuestro corazón.

Así sea.



VISITA XVIII

Cuarto dardo de amor á Dios.

¿Cuándo os amaré como Teresa de Jesús, adorable Salvador mío? ¿Cuándo llegaré á imitar á esa grande Santa, á quien tanto amo, sólo porque ella tanto os amó á Vos? ¿Cuándo conseguiré ver trasplantadas en mi pobre corazón aquellas sublimes virtudes que hacían de aquella dichosa criatura, más que una habitante de la tierra, un serafín de los cielos? Yo lo quiero, Señor, yo os lo pido y os lo pido por intercesión de esa Santa, á la cual prometísteis que nada negaríais, aun durante su peregrinación en este mundo. ¿Por qué no he de aspirar yo á amaros tanto como ella?

¿Es acaso por mis pecados? Pero, Jesús mío, Vos vinísteis á buscar á los pecadores; por ellos y para ellos descendisteis de las alturas; por ellos os constituísteis Médico piadoso, y durante vuestra vida mortal honrasteis su mesa con vuestra presencia y con vuestro trato su persona. Yo bien veo que soy pecador; Vos habéis permitido que lo haya sido hasta un grado capaz de confundirme y humillarme para siempre; pero, á pesar de eso, Vos me habéis llamado, me habéis favorecido, me habéis admitido á vuestra comunicación en el secreto divino de la oración, y me habéis distinguido con señales tan singulares de amor y de ternura, que ya no puedo dudar que me amáis, y que me amáis con una piadosa é inmerecida predilección. ¡Bendita sea mil veces tanta bondad y tanta misericordia! Por eso me animo á esperar que pasaréis adelante en vuestras amorosas liberalidades; por eso me atrevo á pedir la

posesión plena y perfecta de vuestro amor; por eso quiero también que mi felicidad y mi correspondencia sean las más sinceras y perfectas, para hacerme cada día menos indigno de recibir vuestros favores. Muchas veces pienso en vuestra presencia, divino Jesús mío, por qué causa me habéis llenado de tantos beneficios, y qué habéis encontrado en mí que haya atraído, sobre una tan vil criatura, vuestras bendiciones. Pero mientras más he bajado ¡oh Dios mío! en el abismo de mi propio corazón, más y más me he espantado de vuestras finezas. Yo no he hallado en mí sino corrupción espantosa, una fragilidad digna de todas las lágrimas, y una ingratitude acreedora á todos los castigos; una inconstancia y una tibieza que hubieran bastado á cansar á todo corazón que no fuese el vuestro. ®

Así, lo único que os ha decidido á sanarme, es el exceso mismo de mi corrupción; mi fragilidad os ha con-

movido; el peso mismo de mi flaqueza y de mi miseria es el que ha movido en mi favor vuestro amante Corazón, inclinándole hacia mí. Vos elegisteis en otro tiempo al pueblo hebreo para testigo de vuestras grandezas, usufructuario de vuestros más grandes favores, custodio de vuestra ley y depositario de todas las promesas de bendición; y, no obstante, era un pueblo duro y rebelde, perverso é inconstante, indeciso entre Vos y los ídolos, y más digno de sufrir vuestros justos castigos, que de ser el objeto de vuestras grandes misericordias. ¡Bendito seáis ¡oh Dios mío! que acostumbráis elegir lo más débil y despreciable para confundir todas las vanas fortalezas del mundo!

¡Que no me estorben, pues, mis pecados el suspirar por Vos! ¡Que no me impida mi miseria y mi vileza el unirme cada vez más con Vos! ¡Que no sea parte toda mi debilidad á negarme el aumento de vuestro amor!

Vos me habéis amado á pesar de mi indignidad: ¿por qué no procuraré yo amaros á pesar de ella? Mi malicia no os ha retardado para favorecerme; ¿por qué habría de servirme de obstáculo para corresponderos? No, Jesús mío; en medio de mi miseria yo os amo, yo quiero amaros ahora más que todas las criaturas del universo; yo quiero unirme á los coros celestiales, para que sean más robustos mis acentos. Os amo, Jesús mío, con toda mi alma; os amo, adorable Salvador mío, con todo mi corazón; que todas las criaturas lo oigan, que todos los mortales lo entiendan, que los ángeles se alegren, que bramen los moradores de las tinieblas. Os amo, Señor, y yo quisiera que el sentimiento que me hace lanzar esta expresión en que va envuelta toda mi alma, fuese patente á todos los siglos y á todas las generaciones. Yo amo á Dios; yo aborrezco todo lo que no es Dios; yo quisiera dar toda mi sangre y mi vida

por adquirir un grado más de amor de Dios.

Señor, ya que me dáis esta sed devoradora, dignaos comenzar á satisfacerla desde esta pobre vida; dadme un amor que me abrase, que me consuma, y satisfaga esos ardientes deseos que habéis hecho nacer en el más miserable corazón. El poseer vuestro amor sin mezela y sin tibieza; el amaros eternamente y con ardor, es lo que me hace suspirar por el día feliz y deseado en que, dejando esta tierra y esta vida, entremos á la posesión inmortal de ese amor pleno y perfecto, de ese amor que no se debilita nunca ni termina jamás. Así sea.



VISITA XIX

Quinto dardo de amor á Dios.

¡Dios de amor! Aquí me tenéis de nuevo prosternado delante de vuestros tabernáculos; aquí me tenéis reconociendo de nuevo mi profunda bajeza, doliéndome de nuevo de mis culpables transgresiones, y clamando á Vos de nuevo por el remedio de mis males y por la consecución de vuestro amor. Me veo cubierto de pies á cabeza de una lepra asquerosa é inmundada; me veo cayendo á cada paso en esas faltas que tanto os desagradan, y que, por desagradaros á Vos, me llenan á mí de tristeza, de confusión y de dolor. Me veo siempre sujeto á las mismas pasiones, siem-

pre combatido por los mismos adversarios, y siempre inconstante en las resoluciones que tomo á vuestros pies. No hallo cómo componer oh, amable Salvador mío! mi atraso continuo en vuestro santo servicio, con ese ardor que tan frecuentemente experimento cuando estoy cerca de Vos. ¿Será que el enemigo de mi salvación levante en mi falsos sentimientos para llenarme de vanidad y de orgullo? ¿Será que yo mismo, por una deplorable ilusión, excite en mí unas palabras ficticias y vacías, que luego traduzca locamente por amor verdadero? ¡Ah Señor! Yo creo que Vos, tan bueno que Vos, tan liberal; que Vos, tan misericordioso para conmigo, no permitiréis que vuestro pobre siervo sea el juguete indigno de sus enemigos. Quiero creer mejor que Vos sois quien me habláis en la oración, que Vos sois quien me encendéis allí en el fuego de vuestro ardiente Corazón, que Vos sois el que

derramáis en el mío una gota de ese mar inmenso de amor que tenéis depositado en los abismos de vuestro poder y bondad; pero que yo todo lo inutilizo, todo lo hago vano y estéril con esta correspondencia tan ingrata, con esta disipación tan continua y con esta negligencia tan reprehensible, que me hace ser muy frecuentemente sordo á vuestros acentos, é indócil á vuestras sollicitaciones. ¡Perdón, Dios mío! Esto me confunde muchas veces, y me entristece; esto me avergüenza, y á veces me infundiría desmayo y desaliento, si no hubiera puesto solo en Vos toda mi esperanza y mi consuelo.

¡Vos amarme tanto, y yo no amaros todavía con un ardor todo divino y celestial! ¡Vos, conversar tan dulcemente conmigo, y yo no cansarme todavía de la vana conversación de los hombres! ¡Vos uniéndoos á mí todos los días con el lazo más estrecho después de la unión hipostática, y yo

sin vivir todavía entera y perfectamente en Vos! ¡Oh Jesús de mi vida! ¿Cuándo acabará para siempre este funesto desorden? ¿Cuándo cesará completamente este monstruoso y triste desconcierto? Yo me veo tan flaco, tan débil, tan inclinado á lo malo, que, á no tener puesta en Vos, como el Profeta, mi esperanza, temería muy en verdad el verme eternamente confundido. Mas no, Señor; Vos me ayudaréis, Vos me santificaréis, Vos me salvaréis; echaréis sobre mí desde vuestro trono sacramental una mirada de ternura y de amor, como aquella que bastó para levantar al Príncipe de los Apóstoles, y yo me levantaré como él del abismo de mi flaqueza; lloraré mis pasadas y presentes infidelidades; repararé con activo fervor los años perdidos, y haré por mostrar, con la perfección y santidad de las obras, la realidad y la eficacia del amor vuestro que en mí vive. Aumentadlo, pues, en mi cora-

zón, reanimadlo, avivadlo y dadle actividad y eficacia; y si no merezco yo, ni me atrevería jamás á pedirlo, que un espíritu celestial, de los que más arden en el fuego de vuestro amor, introdujese en mis entrañas, con un dardo prodigioso, sus divinos ardores; si no desearé jamás que por medios extraordinarios lleguéis á consumir en vuestro obsequio este mi corazón miserable, por lo menos os suplico con las más vehementes instancias que me déis ese mismo amor por los caminos ordinarios que lo comunicáis á las almas; que derraméis sobre mí un ardor enteramente celestial cuando os dignéis visitarme al principio del día; y que ese amor, traído de las alturas, no ya por un ángel, sino por vos mismo, encendido en mi corazón por Vos, que sois más que todos los serafines reunidos, y alimentado en mi alma por la meditación de vuestra grandeza y mi miseria, me inunde todo en sus consue-

los celestes, me encienda todo en sus llamas bienaventuradas, me inflame todo en sus ardores divinos, y me consuma constantemente delante de Vos como un perfecto holocausto, que, comenzado en este país miserable de lágrimas y dolores, se termine felizmente en la verdadera patria, donde Teresa de Jesús y todos los Santos han encontrado el complemento, la seguridad, la perfección y la eterna perpetuidad de su amor. Así sea.



VISITA XX

Sexto dardo de amor á Dios.

¡Oh Dios de amor! ¿Hasta cuándo lograré verme unido á Vos de la manera más íntima, la más estrecha é inmutable? ¿Cuándo veré ya siempre fijo en Vos este corazón, tan inquieto é inconstante, que pasa por todas las criaturas sin encontrar jamás en ellas descanso ni reposo? ¿Cuándo me veré engolfado, perdido y abismado en el piélago sin fondo ni riberas de vuestro amor? ¿Cuándo me cansarán estas mil vanidades que me rodean, estas mil locuras que nos entretienen, estas humanas vicisitudes que nos arrastran, causándome un tedio supremo y una verdadera aflicción, que

los celestes, me encienda todo en sus llamas bienaventuradas, me inflame todo en sus ardores divinos, y me consuma constantemente delante de Vos como un perfecto holocausto, que, comenzado en este país miserable de lágrimas y dolores, se termine felizmente en la verdadera patria, donde Teresa de Jesús y todos los Santos han encontrado el complemento, la seguridad, la perfección y la eterna perpetuidad de su amor. Así sea.



VISITA XX

Sexto dardo de amor á Dios.

¡Oh Dios de amor! ¿Hasta cuándo lograré verme unido á Vos de la manera más íntima, la más estrecha é inmutable? ¿Cuándo veré ya siempre fijo en Vos este corazón, tan inquieto é inconstante, que pasa por todas las criaturas sin encontrar jamás en ellas descanso ni reposo? ¿Cuándo me veré engolfado, perdido y abismado en el piélago sin fondo ni riberas de vuestro amor? ¿Cuándo me cansarán estas mil vanidades que me rodean, estas mil locuras que nos entretienen, estas humanas vicisitudes que nos arrastran, causándome un tedio supremo y una verdadera aflicción, que

me hagan convertirme á Vos para siempre, como á la única fuente de mi consuelo y alegría?

¡Ah Señor! Todos los días os estoy diciendo que Vos amo, que os sois el único dueño de mi corazón y de mi alma; que no tengo otros deseos ni otras ansias, sino las de verme abismado en vuestro amor; que no quiero hablar ya de nada sino de Vos, ni pensar en otra cosa que en Vos, ni tomar por objeto de mis empresas otra cosa distinta de Vos. Así os lo digo, amable Salvador mío, y cuando os hablo de esta manera, creo decir la verdad pura y entera; pero, Señor, mis obras están continuamente retractando mis palabras; mi flaqueza se rebela siempre contra mis más solemnes promesas, y el amor propio, este enemigo doméstico para mí casi invencible, me hace estar temiendo siempre que el amor que os profeso nada tenga de realidad, y que en él no haya más de verdadero que su

inutilidad é ineficacia. Pero no es así como yo quiero amaros ¡oh Señor y Dios mío! Yo sé que véis muy bien los más secretos pliegues de mi corazón, y que un sentimiento falso, lejos de engañaros y complaceros, no haría otra cosa que enojáros y acarrear vuestra ira sobre nuestras cabezas; yo quiero, pues, amaros con toda verdad y eficacia; quiero amaros como os amaban los primeros cristianos, dispuestos siempre á responder con su vida de su amor como de su fe; quiero amaros con un amor que me santifique, que me haga crecer en las virtudes de mi estado, que me infunda un gran celo por la salvación de mis hermanos, y me haga hacer obras proporcionadas á la fuerza secreta de vuestra gracia, que nunca puede estar ociosa en los corazones.

Hasta ahora yo no miro dentro de mí estas dichosas cualidades, que revelan, en su aparición y en su aumento, la existencia y el ardor del fuego

de vuestro amor en nuestras almas; por eso os pido que me las déis, porque deseo amaros con un amor verdadero, eficaz é inextinguible.

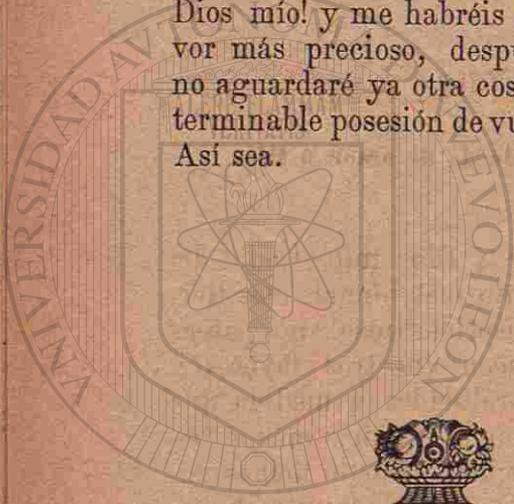
Es cierto que algunas veces me habéis hecho experimentar unos vivísimos deseos de que todos os amen, os sirvan y os conozcan; es verdad que algunas veces os he rogado con toda mi alma que hagáis escuchar vuestra voz divina á muchas almas que os corresponderán con fidelidad, á muchos corazones que parece sólo aguardaban, para encenderse, un sople vivificante de vuestra boca; que libertéis del pecado á tantas almas que andan alegres bajo su pesada cadena, y que mováis en vuestro favor á una multitud tan copiosa que, no sólo vive sin Vos, sino contra Vos, y que no sólo no os conoce, sino que, á pesar de conoceros, os ultraja y os desprecia; es cierto que muchas veces os he dicho con un Profeta celoso y amante de vuestra gloria: «Señor,

aquí me tenéis en vuestra presencia, con toda mi indignidad, mi miseria y mi vileza, pero lleno de ardientes deseos que vuestra misma mano ha colocado en mi pobre corazón; si tenéis á bien servirnos de un instrumento tan inútil; si no habéis olvidado vuestra admirable economía en el uso que hacéis de lo más flaco y débil para confundir á los fuertes; si vuestra mano no se ha abreviado todavía sobre vuestro pueblo, y aún tenéis dispuesto en vuestros eternos consejos el usar de vuestro poder para reanimar en el mundo la llama de vuestro amor, pronta á apagarse con la de la fe; si queréis servirnos para estos grandes designios de una criatura tan baja é inútil como yo, aquí estoy; vedme prestó á dejarme gobernar por vuestras manos, y á caminar por donde quiera que os dignáreis enviarme.» *Ecce ego, Domine, mitte me.*» (Isai.) Todo esto os he dicho y os lo vuelvo á repetir con toda mi

alma; pero, Señor, entonces, como ahora, mis disposiciones son enteramente insuficientes; entonces, como ahora, temo mucho que estos sentimientos no sean deseos verdaderos, emanados de un amor real y eficaz, sino ilusiones insubsistentes del amor propio, y frutos de una devoción puramente sensible. Por eso os pido ahora, con toda instancia, que me déis un amor eficaz y verdadero, que me inspire unos pensamientos verdaderos, que no aguarden más que la ocasión y vuestra voluntad para ejecutarse; un amor sincero que me haga cumplir con un santo fervor aun las más menudas obligaciones de mi estado; porque ¿no sería una locura el estar ardiendo en deseos de hacer grandes cosas por vuestro servicio, y ser tan infiel en el cumplimiento de las pequeñas, pero más obligatorias? ¿Tener ansia de padecer trabajos crecidos, con dulzura, por vuestra Majestad, y no llegar á sufrir ni siquie-

ra con paciencia los pequeños contratiempos de la vida ordinaria y de familia? ¡Oh Señor! En todo os deseo servir igualmente: en lo grande para mostraros la grandeza de mi amor, y en lo pequeño para manifestaros su fidelidad; deseo serviros lo más que pueda en la grande obra de la santificación de las almas, y deseo amaros de manera que vuestro amor al mismo tiempo me consuma, y consuma á los demás en sus sagrados ardores; deseo amaros, no con un amor lánguido y frío, sino con el amor ardiente, impetuoso é inefable de los Santos; deseo amaros como mi especialísima abogada Santa Teresa de Jesús: dadme, Señor, un amor semejante al de esta grande Santa, no en los preciosos y sobrenaturales favores con que en ella la acompañabais y haciais aumentarse, sino en aquella humildad profunda, en aquel celo ardiente de la salvación de las almas, en aquella intensidad maravillosa, en aquella

eficacia divina que produjo tan celestiales efectos. Dadme este amor ¡oh Dios mío! y me habréis hecho el favor más precioso, después del cual no aguardaré ya otra cosa que la interminable posesión de vuestra gloria. Así sea.



VISITA XXI

Séptimo dardo de amor a Dios.

¡Oh Señor y Dios mío! Cada día os experimento más bueno, más tierno y más misericordioso; no parece sino que crecen vuestros favores y vuestras liberalidades á medida que nosotros nos manifestamos menos fieles y agradecidos. Por lo menos yo, Salvador mío; yo, tan favorecido de Vos, tan amado de Vos, tan colmado de las riquezas soberanas de vuestra generosidad y vuestro amor, cada vez me parece que os amo menos, ó vuestro amor apenas subsiste en mí sin aumentarse y sin encenderse, cuando Vos me dáis siempre mayores muestras del que á mí me tenéis. ¡Dios

mío! ¿Cuándo crearéis en mí un corazón enteramente limpio, un corazón que no se deje contaminar por el soplo impuro de las criaturas, un corazón que no sepa elevarse más que á vos, latir sino para Vos, ni desear, ni sentir, ni amar sino únicamente á vos? ¿Cuándo viviré como peregrino en esta tierra miserable, como extranjero en medio de las criaturas, y como desterrado en esta tristísima mansión donde no os veo ni os amo como quisiera, y donde aún me ocupo durante muchos instantes en objetos que no son Vos? ¿Cuándo seréis Vos el único centro de mi corazón, el único amor de mi alma, el único blanco de mis deseos, y el sólo objeto de mi existencia?

¡Dios mío! ¿Por qué no ensancháis este pobre corazón para que pueda amaros un poco más, mientras llega el día felicísimo de la consumación de nuestro amor? ¿Por qué me dáis unos deseos tan grandes, tan ve-

hementes y tan encendidos, sin dejarme al mismo tiempo el gozo de poderlos realizar? ¡Oh Dios mío, esperanza mía, luz de mi vida y vida de mi alma! Yo siento en mí unas ansias de amaros que nada es capaz de entibiar; siento en mi corazón un fuego divino que Vos mismo me habéis encendido, y que, á medida que crece, me hace suspirar por verme abrasado en nuevos y más vivos ardores. ¡Yo os amo, Jesús mío! ¡Con qué gusto, con qué consuelo, con qué delicia pronuncio esta palabra, que sólo para Vos fué hecha, y que tan indignamente se profana! ¡Cómo me complazco en avivar delante de Vos el fuego que en mi ruin corazón ha encendido vuestra mano divina! ¡Cómo me deleito en daros todos mis deseos, todos mis sentimientos, todo mi amor y toda mi vida, en compensación, aunque muy insuficiente, de los afectos que os arrebatan tantas criaturas! ¿Por qué, divino Salvador mío, mi

corazón no es tan ardiente, tan generoso y tan agradecido como el de Santa Teresa de Jesús, para consagraros alguna cosa más grande y menos indigna de vuestras miradas! Por eso muchas veces, al ver mi grande flaqueza y el amor que Vos merecéis, al comparar mi ingrata é infiel correspondencia con la inmensidad de vuestros favores, deseo ardientemente y os pido que otros os amen, os ruego que encendáis este fuego en otros mil corazones mucho mejor dispuestos que el mío; os suplico con ardientes instancias que mostréis vuestro rostro á tantas almas que, favorecidas de Vos como esta miserable, os corresponderían infinitamente mejor y alimentarían la santa llama de vuestro amor con exquisita fidelidad.

Como me miro tan débil y tan insuficiente para amaros, por eso quisiera que todos os amasen, que todos os conociesen, ó, ya que esto es imposible, que por lo menos las personas

con quienes yo trato, aquellas que me rodean y me favorecen; se vean más que otras encendidas en las llamas purísimas de vuestro amor.

Hoy reitero la misma petición, hoy renuevo los mismos ruegos con todo el ardor que os dignáis comunicarme; os suplico, amado Señor mío, que hagáis que os ame mucho, muchísimo, esa alma á quien estoy tan obligado, por quien os rogaré toda mi vida, que dirige ahora mis pasos en los caminos del espíritu; que se encienda, que se inflame, que se consuma en esos ardores suavísimos que á este pobre siervo vuestro habéis dado á gustar; que crezca más y más en santidad cada día; que adquiera la plenitud del espíritu sacerdotal; que se llene de una unción santa que encienda en vuestro amor á cuantos le escuchen, y que reciba luz para conocer más cada día este vaso de ignominia que Vos le habéis dado la misión de purificar y convertir en un

vaso de santidad y de honor. Os ruego por esas esposas vuestras que, arrojadas de su soledad y de su retiro, aún se esmeran por complaceros, y no tienen otro destino que servir; santificadlas, hacedlas conocer la grandeza de su estado y la multitud de las misericordias que les habéis hecho; ahí tenéis ¡oh Jesús mio! unos corazones muy bien dispuestos: tomadlos en vuestras manos, encendedlos en vuestro amor; convertidlas á todas en Catalinas ó en Teresas; vuelva á arder en el mundo el fuego suavísimo de aquellos seráficos corazones; volved á convertir á alguna alma siquiera, en Paraíso de vuestras delicias, á fin de que seáis amado con ardor aun en esta pobre y triste vida; prenda el fuego de vuestro amor en todas las almas; arda en todos los pechos, crezca y se propague en todos los corazones, para que podamos ser menos indignos de atraer vuestras miradas y de merecer vuestras bondades.

¡Que todas las criaturas os amen, que se unan los cielos á la tierra, los santos y los justos, los ángeles y los hombres, para cantaros un cántico nuevo y un himno de amor eterno; y que esta ruin criatura, que os habla y os lo pide, se vea también mezclada felizmente en este uniforme concierto de alabanzas y de amor, para que, formando parte de vuestros amadores de la tierra, se incorpore alguna vez con el gremio bienaventurado de vuestros eternos amadores en el cielo! Así sea.





VISITA XXII

Primera endología.

I. Amado Jesús mío, dulcísimo Redentor: dignate lavar mi alma con tu sangre preciosa y borrar con ella todos mis pecados; dignate extinguir y mortificar en mí todo lo que te desagrada, porque yo no deseo otra cosa que darte gusto y amarte con todo mi corazón, y con toda mi alma, y con todas mis fuerzas: dignate hermoearme con las virtudes y los merecimientos de tu santa Humanidad; cría en mí un corazón limpio, y renueva en mis entrañas el espíritu de rectitud; concédeme un espíritu tranquilo, límpido y sereno como el azul del firmamento; enciende en mí los

EL NARDO AROMÁTICO ANTE EL ALTAR 197

ardores de tu casto amor, y haz que sople sobre el huertecillo de mi alma el aura celestial, para que, disuelto el hielo de mi tibieza, se exhalen de ella los aromas de tu gracia.

II. ¡Oh abismo de amor! ¡Oh Jesús, mi Dios y mi alegría! ¡Oh luz antigua, luz de inmensa hermosura! Alumbra mi alma con la inefable serenidad de tu esplendor. ¿Cuándo amanecerás para mí, que anhelo á ti, antes que me envuelvan las tinieblas de la muerte? Mira, Señor, mira que quiero amarte con todas las fuerzas de mi pobre corazón: alienta tú mi debilidad, ayuda mi flaqueza, y hazme sentir los suaves influjos de tu dulce caridad; enciéndeme, abrázame enteramente en el fuego de tu amor.

III. ¡Oh Señor mío! Yo te adoro, yo te venero, te alabo y glorifico de cuantos modos me es posible.

¡Pues qué! ¿No eres tú, amado mío,

la amenidad de los cielos, y su decoro y su hermosura? ¿No eres tú acaso la dulzura de los sabores, y la fragancia de los aromas, y la suavidad de los sonidos, y la inefable delicia de los más estrechos abrazos?

¡Ah, Señor! ¡Que en verdad eres tú todo sereno, todo florido, todo amable, todo deseable! Tú eres mi vida, tú mi honra, tú mi consuelo; tú mi único y solo bien. Unge, pues, te ruego, lo más íntimo de mi corazón con el bálsamo precioso de tu gracia, para que rebosando todo en las delicias del santo amor, pueda ser de hoy en adelante un agradable holocausto, que arda siempre delante de ti en olor de suavidad.

IV. ¡Oh Jesús, confianza mía, yo me entrego todo á ti! Todo me ofrezco á ti, esperanza mía ciertísima. ¡Todome arrojo en ti, oh única salud mía! Ilumíname, enséñame, dirígeme y poséeme todo entero. Inclina,

Señor, los oídos de tu misericordia á los gemidos de este pobrecillo que te invoca. Yo no te pido sino una sola cosa, y ésta sola deseo: y es que hierva en mí tu amor; que venga á llenar el fondo de mi pecho la afluencia de la perfecta caridad, para que mi corazón, arrebatado, entone á ti, su amor, suaves cantares.

V. ¡Oh Jesús mío, fortaleza invencible y firmamento eterno, cuyo amor ha vencido la violencia de la muerte! Vivifica, enlaza y afirma en ti toda la substancia de mi espíritu. Haz que el óleo de tu amor me conforte en mis interiores desmayos y sequedades, para que, regocijado con la memoria de tu dulzura, me aliente y no desfallezca. Adorna el pobre huerto de mi corazón con las flores de la santa caridad, para que cuando á él descieras, encuentres allí la hermosura que te agrade.

VI. ¡Oh Jesús! ¡Oh Esposo celestial, radiante de hermosura! ¡Oh sacratísimo consolador de las almas santas, que proteges bajo la sombra de tus alas á los que en ti confían, librándolos de sus peligros, y recreas con la fragancia de las espirituales delicias á los que te aman, consolándolos en sus aficciones! Enciende, Señor, mi corazón en aquel fuego que viniste á traer á la tierra, y que con tanta ansia deseas ver encendido, para que yo te ame y te alabe de lo más íntimo de mi alma.

VII. ¡Oh llama esplendorosa, llama ardiente y consumidora! ¡Cuán invisiblemente resplandeces! ¡Cuán suavemente quemas! De ti sólo tengo sed ¡oh Jesús mío!; hambre tengo de ti; sólo á ti clamo con gran deseo de mi corazón, sin tener otras ansias que de ver tu divina y hermosa cara. Nada es para mí más suave que el estar contigo y unirme estrechamen-

te á ti, bien de mi vida. ¡Oh y quién me diera el poder estar delante de ti en todo tiempo y en todo lugar, con un corazón puro! ¡Entonces sí que, amándote con perfección, tendría la dicha de tenerte dulcemente estrechado con los brazos de mi alma! Amén.





VISITA XXI

Segunda endología.

I. Dios mío, tráeme en pos de ti; separa este mi corazón de las criaturas, y elévale á ti, que en todas las cosas y sobre todas ellas permaneces. Que calle para mí el estrépito de las cosas transeuntes; que desaparezcan las formas y vanas imágenes que forma la inestabilidad del pensamiento; que traspase mi alma todas las cosas sensibles, y fije dulcemente los ojos de la fe en ti, su amabilísimo Criador, presente en todas partes. Concédeme, Señor, que sólo en ti descanse, y en ti sólo me deleite, y sólo en ti busque siempre mi consuelo.

II. ¿Cuándo, dulcísimo Jesús mío, te dignarás traspasar mis entrañas con el dardo encendido de tu amor, hiriendo lo más hondo de mi pecho con la ardiente caridad, y clavando tus agudas saetas en mi espíritu, para que, llagado por ti, dichosamente enferme y en tus brazos desfallezca, y para gloria de tu nombre contigo íntimamente me una? ¡Ah Señor! Que descienda á mi pobre corazón tu olor suavísimo; que venga á mí la inenarrable fragancia de tu amor, que despierte en mí unos deseos inmensos é insaciables.

III. ¡Oh Jesús benignísimo! Dame unagrande y cordial contrición, y una fuente de lágrimas para agradarte; haz que, al ponerme con grande reverencia en tu presencia, á ti tenga en mi corazón, á ti en mi boca, y á ti constantemente á mi vista, para que no quede en mí ningún lugar abierto á desleales amores; haz,

Dios mío, que lleno yo todo de la dulzura de la santa caridad, y encendido todo en la llama de tu amor, pueda quererte con toda mi alma y con los más íntimos afectos de mi ruin corazón.

IV. Jesús mío, yo te amo, y cada vez deseo más y más amarte: ¿cuándo me concederás el que por la virtud de tu amor sacuda el peso de todos los terrenos deseos, y comience á correr en pos de ti tras de tus preciosos ungüentos? ¿Cuándo escribirás en las tablas de mi corazón tu sagrada memoria, para no volver á pensar ya nada carnal y nada indigno, sino ocuparme sólo en buscarte, y en conservar dentro de mi alma la dulce presencia de tu gracia?

V. ¡Oh fuente de misericordia que sin cesar estás manando! Ven y comunícate á mi alma sedienta, porque yo te deseo con todo mi corazón,

y aspiro á ti con toda la intención de mi mente. Dame, Señor, un amor hacia ti, casto, fuerte y estable, que todo me llene, y me mude en ti todo, y te sea de esta manera un perpetuo holocausto, un olor de suavidad.

VI. ¡Oh Pastor eterno! Apacienta á éste tu hambriento mendigo, ilumina la ceguedad de mi mente con la inmortal claridad de tu presencia, y enciende mi helado corazón con el fuego de tu divino amor. Que la meliflua violencia de la santa caridad me absorba todo, y que la llama de la casta dilección purifique mi interior, y lo penetre, y lo arrebatte, para que á ti, Señor, sólo pretenda, á ti sólo desee, y á ti sólo inseparablemente me estreche.

VII. ¡Con toda mi alma te invooco yo, dulzura mía! ¡Con todo el afecto de mi corazón te llamo, salud mía! Entra, penetra en lo más íntimo de

mis entrañas; junta á ti el alma mía, para que sin mancha la poseas, porque muy pura habitación se debe en verdad á un Señor que es todo santidad y todo pureza. Concédeme, Dios mío, que con tu ardiente amor, todo me encienda y todo de mí desfallezca; que á ti sólo sienta, á ti sólo sepa, en ti sólo me alegre, y en ti sólo descanse eternamente. Amén.



VISITA XXIV

Tercera endología.

I. ¡Dios y Señor mío! ¿Cuándo te dignarás santificar este mi corazón que tú has formado, y arrojando fuera toda su malicia, llenarlo con tu gracia, y lleno siempre, conservarlo para que pueda ser un digno templo donde tú mores? ¡Ah, Señor y cuánto más dulce eres tú que la miel, cuánto más sereno que el sol, y más suave que el néctar, y más precioso que el oro y los diamantes! ¡Que tú sólo, amor mío, agrades á mi alma; sobre todo, que á ti sólo busque con sus deseos más encendidos!

II. ¡Oh alegre serenidad y sere-

na alegría! ¡Oh luz gratisima que iluminas á todo hombre que viene á este mundo! Disipa, Señor, las tinieblas de mi alma. Ilumínala con tus rayos, para que á ti y á sí se mire, y á ti muy más que á sí ame y aprecie. Amete yo, dulce Jesús, sobre el cielo y la tierra, y sobre todo cuanto en el cielo y en la tierra se contiene, para que tú seas todo mi anhelo, y todo el deseo de mi corazón. Con gozo y gratitud medite mi alma en ti durante el día, en el sueño te sienta por la noche, y en todo tiempo contigo dulcemente converse.

III. ¡Oh Dios mío y dulcísimo dueño de mi alma, mira que estoy cansado! Sé tú mi descanso; mira que desfallezco, fortaléceme; mira que de hambre me muero, aliméntame; mira que estoy disipado, recógeme; oye cómo te toco, ábreme, y tiende la mano de tu misericordia á este pobrecillo, y mándale que á ti venga, y

que contigo siempre permanezca. Que mi alma se olvide enteramente de sí, amado mío, y que en lo próspero y lo adverso, inmóblemente unida á ti, arroje lejos de sí todo extraño consuelo.

IV. ¡Oh luz que siempre luces y nunca te ofuscas, ilumíname! ¡Oh fuego que siempre ardes y nunca te apagas, enciéndeme! ¡Oh amor que siempre hieres y nunca te entibias, absórbeme y trasfórmame en ti! Haz que yo aspire á ti incesantemente con todo el corazón y con pleno deseo, y que en ti de amor suavísimo respire!

¡Alegra, pues, á mi alma, gozo mío! ¡Entra dentro de mi alma, dulzura soberana, para que dulcemente te saboree! Entra en ella ¡oh amor! para que á ti sólo sienta, y en ti y contigo sólo encuentre sus delicias.

V. ¡Cuán afligido me hallo, Señor y Dios mío! ¡Cuán afligido me

hallo! ¿No te dignarás concederme algún consuelo? Sí, vida mía: basta para ello que infundas en mi pecho el suave bálsamo de tu santo amor, que su inefable virtud y eficacia penetre hasta lo íntimo de mis entrañas, y dulcemente las arrebatará hacia ti.

Oye, Señor: la triste peregrinación de esta vida me cansa ya, y las penalidades del siglo presente me llenan de fatiga: ¿no me concederás que cobre nuevas fuerzas, y que, en alas de una sincera contemplación, vuele mi alma al lugar donde habita tu gloria? Sí, sí, bien mío; y allí seré dichoso, y allí descansaré plácidamente, bajo la dulce sombra de tus alas, del bullicio de los terrenos cuidados y del loco tumulto de las criaturas.

VI. ¡Oh amor verdadero y amada verdad! ¡Oh, Dios eterno! Yo deseo unirme á ti, á ti tiendo, á ti anhele,

á ti suspiro, á ti busco, á ti abrazar deseo: en ti sólo quiero tener paz y consuelo. Yo deseo dejar todas las cosas que no son tú, de tal manera, como si mi alma, separada ya del cuerpo, estuviese delante de ti, gozando con perfección de la amable presencia de su rostro.

VII. Hiere, Señor mío, hiere lo más profundo de mi pecho con el dardo encendido de tu amor, y abrasa con tus llamas saludables las entrañas de mi alma entorpecida. Escribe con tu dedo en mi pobre corazón tu dulce y santa memoria, de modo que el olvido jamás pueda borrarla, para que á ti ambicione, á ti siga, á ti encuentre, y en ti continuamente me goce y me deleite. Amén.





VISITA XXV

Cuarta endología.

I. ¿Cuándo amanecerás para mi corazón, luz de mis ojos? ¿Cuándo te darás á mi alma ¡oh vida mía! delicia mía, apetecido consuelo, dulce descanso, gloria mía, honor mío y único objeto de mis ansias? ¡Que yo te tenga ¡oh amado de mis entrañas! que yo te abrace ¡oh celestial Esposo! que yo te sienta, sumo gozo mío, por dentro y por fuera; que yo te posea, ¡oh bienaventuranza eterna! que en medio de mi corazón te goce siempre, ¡oh vida interminable!

II. ¡Ámete yo, Señor, fortaleza mía; ámete yo, Dios mío, refugio mío y libertador mío; estrécheme yo

á ti, ¡oh suave esperanza mía! en todas mis tribulaciones; abráceme yo á ti ¡oh eterno bien, sin el cual no hay bien alguno! Abre lo más secreto de mis oídos ¡oh palabra más penetrante que una espada de dos filos! para que oiga tu voz por dentro de mí, y, oyéndola, en ti viva y contigo sólo goce.

III. Dulce Jesús, ven y visita á este pobre desamparado; consuela mi tristeza; muestra á este desdichado las entrañas de tu misericordia. Dame una gracia que, crucificándome al mundo, me liquide en tu amor eternamente. Hiere mis ¡ojos oh luz incomprendible! hiérelos con la claridad de tus rayos, para que no vean ya la vanidad. Deslúmbrales con el suave fulgor de tu Divinidad, y haz que con interiores lágrimas te busque noche y día.

IV. Señor y Dios mío, dame una

vista que en todas partes mire la amabilidad de tu semblante; concédeme un oído que escuche á cada instante la dulzura de tu voz; crea en mí un olfato que perciba gustosamente el olor de tus unguentos; sana mi paladar para que perciba la abundancia de tu suavidad. Dame, Señor, un corazón que te tema, una memoria que te recuerde, y una voluntad que indisolublemente se estreche contigo ¡oh único bien de mi alma! ¡Que tú sólo poseas todo mi espíritu, y que en ti sólo encuentre su descanso!

V. ¡Oh vida para quien todo vive! ¡Vida por quien yo vivo, y sin la cual muero! ¡Vida por quien me alegro, y sin la cual me aflijo! ¡Oh vida dulce, amable y deliciosa! ¿Dónde te encontraré, querido Jesús mío, para que, desfalleciendo en mí, ya sólo en ti subsista? Sí; á ti busco tan sólo, dueño mío, á ti suspiro, por deseo de ti enfermo; ven á mí, te lo ruego,

porque sin ti nada soy, y sólo hallo mi ruina. Ablanda, Señor, mi corazón con tu unción poderosa, y haz que sea yo en todo tiempo una hostia viva, que arda delante de ti continuamente en las suaves llamas de tu amor.

VI. ¡Que la fuerza de tu amor arranque, Señor, mi mente de todas las cosas que existen bajo el cielo; que una caridad tan perfecta me abra-se, que las muchas aguas no pueden apagarla; que, olvidado del todo de las cosas pasajeras, la grandeza de tu amor me haga no dolerme por ellas, ni con ellas gozarme, sino en ti sólo hallar firmeza y descanso!

VII. ¡Quién me diera Señor, que mis malas inclinaciones decayesen, y que muriesen mis carnales pasiones, para que vivas dentro de mí tú solo, y en lo más escondido de mis entrañas ardan siempre como encen-

didas brasas los más santos deseos!
 ¡Hierre, Rey mío, hierre á esta mi
 alma pecadora con el agudo dardo del
 perfecto amor; traspasa mi interior
 con las saetas de una caridad arden-
 tísima, para que por ti felizmente
 vencido, me ponga á punto de expi-
 rar en tus brazos. Ea, pues, profundí-
 simo abismo de inestimables deleites,
 arrebatá mi espíritu, atráelo todo en-
 tero, y absórbelo en ti para siempre.
 Amén.



VISITA XXVI

Quinta endología.

I. Recíbeme, dulce Jesús, yo te lo ruego, en los suavísimos abrazos de tu amor, con los cuales, excitado mi helado y entorpecido espíritu, se llene de un ardor celestial. Abre, Señor, tus puertas á mi alma huérfana que á ellas llama, y dignate admitirla en el delicado aposento de tu divino Corazón. ¡Oh amado mío! ¡Y cómo te deseo! ¡Y cuánto anhelo por ti! ¿Cuándo te introducirás dentro de mí para que yo sea sólo tuyo, y tú seas para siempre todo mío?

Dignate ¡oh fuente de miel rega-
 ladísima! dignate sacar de ti una
 agua viva que, gustada, de ninguna
 otra vuelva jamás á tener sed; llueve

sobre mí el rocío de la celestial sabiduría, para que de él íntimamente penetrado, me conserve siempre puro de las codicias terrenales.

II. ¡Oh Dios mío benignísimo! Dígnate bendecir á este probrecillo é infeliz desterrado de ti; enciende tu ardiente amor en mis entrañas, para que con perfección yo te ame, y nada desee fuera de ti. Escóndeme ¡oh amor de todos mis amores! escúdame dentro de la espléndida, amena y odorífera habitación de tu costado, para que allí felizmente adormecido, restaure mis fuerzas con el sueño de la meliflua caridad. Todo me ofrezco á ti, y á ti me entrego; recíbeme, y toma posesión de mí todo ¡oh dulce solaz de mi alma! De tal manera úname y pégame contigo, que nunca de tí pueda separarme; de tal modo entrégate y comunícate á mí, que ahora y siempre sean en el Espíritu Santo mis delicias en tu dulce presencia.

III. ¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo llegará el feliz y venturoso día en que á mí, aunque indigno y vilísimo pecador, te dignes abrirme el aposento de tu amor y el sagrario de tu suavísimo Corazón? Mi alma, Señor, no ansia otra cosa que estrecharse contigo con los vínculos de un amor eficaz.

Y pues que estos deseos de amarte nunca estarían en mí, si tú no los encendieras, haz que lo que por tí deseo, por tí lo obtenga. ¡Oh Dios mío, sereno día de la primavera! De tí tengo yo sed, á tí suspiro, y por tu amor enfermo y desfallezco. Atráeme más cerca de tí, sol rutilante, para que al calor de tus rayos brote la tierra de mi corazón las flores de la santa caridad. Enciende en mí la antorcha de tu amor; infunde en mi pecho la dulzura de tu santa paz, y de tal modo modélame en todo por la gracia, que pueda ser en adelante un digno objeto de tus complacencias.

IV. Vísteme ¡oh divino Jesús mío! con la púrpura radiante de tu preciosa sangre; ciñeme con la resplandeciente corona de tu venerable muerte, y recíbeme benigno en el tálamo fragante de tu amor. Quita, Señor, de mí cuanto en mí te desagrade; haz conforme á tu dulce Corazón, á este mío tan malo, tan vano y tan manchado; dame limpieza en mis afectos y pureza en mi mente. Abrazame, dueño mio, con los brazos de tu amor, para que, liquidada mi alma por virtud de la ardiente dilección, rebose toda en celestiales delicias. ¡Ah, Señor! ¡Cuán fuertemente arrebatan lo más íntimo de mi alma tu dulzura y tu piedad, tu belleza y tu hermosura!

Mas ¿cómo podré subir á tí, si tú á mí primero no descienes? Inclínate tú, pues ¡oh fuente de misericordia! hasta el valle de mi miseria, para que pueda amarte yo con toda mi alma, y con todo mi corazón, y con todas mis fuerzas.

V. Levántate ¡oh Jesús! honor mío, gozo mío, delicia mía sincera; levántate y enciende en mi pobre corazón una llama de amor tan encendida, que ya nada quiera, ni desee, ni solicite en la tierra sino á tí, y que el cielo y la tierra, y todo cuanto en ellos se contiene, no sean para mí sino los tristes despojos del helado invierno.

¡Oh lindísima flor! ¡Oh amado Jesús mío! ¿Cuándo hermosearás mi alma con aquellas alhajas de amor que tanto te agradan? ¿Cuándo la saciarás con aquella hartura de amor que tanto te contenta? ¿Cuándo de tal manera la desbistarás y pulirás con tu gracia, que ninguna basura de la tierra se la apague? Caigan en mí, Señor, las canales de tus bendiciones que, regando el huerto seco de mi alma, la dejen limpia de las inmundicias del pecado, y la hagan producir en todo tiempo frutos agradables de virtud y santidad.

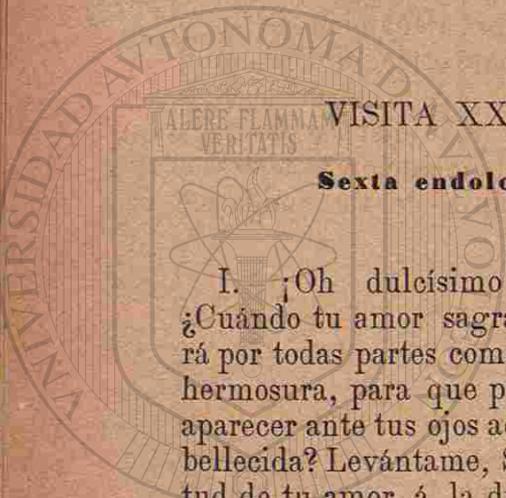
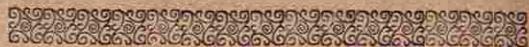
VI. ¡Oh dulcísima luz de mi alma, ilumíname para que se truequen en mediodía clarísimo las tinieblas de mi ceguedad! Permíteme descansar bajo la suave sombra de tu caridad; déjame dormirme en el seno de tu amor, y allí olvidarme enteramente de todas las cosas de la tierra. Porque ¿qué cosa puede haber para mí más agradable, qué cosa más provechosa, qué cosa más dulce que amarte, vida mía? Acércame, pues, á tu divino Corazón, y sumérgeme en el goce de primaverales amenidades. ¡Oh fuego suavísimo, Dios mío! Acaba ya de devorar y consumir el pequeño polvo de mi ser; traslada á ti mi corazón, para que, unido contigo con un vínculo indisoluble, sólo viva ya para ti, y como lirio cándido para ti florezca.

VII. ¡Oh mar de toda dulzura! Déjame echarme sobre las aguas de tu clemencia; abre las cataratas del

grande abismo, y vengan sobre mí las olas de tu misericordia; sumérgeme en el diluvio de tu amor vivo, y absórbeme en las profundidades de la santa caridad. Echa, Señor, por tierra el muro odioso de mi mala y tibia conversación, y concédeme que, de hoy en adelante, te ame y te sirva con un fervor inextinguible. Sople, Dios mío, el austro de tu ardiente amor sobre mí, y tan fuertemente me impele hacia á ti, que como trasladado de mí mismo, y en mí muerto, no tenga ya vida ni aliento sino en ti.

Imprime en mí, amor mío, el ósculo de tu propiación, para que, sellada con él, nada ame después fuera de ti; porque tú eres toda la posesión de mi alma, tú toda su herencia, y tú sólo su única esperanza. Amén.





VISITA XXVII

Sexta endología.

I. ¡Oh dulcísimo Jesús mío!
¿Cuándo tu amor sagrado me rodeará por todas partes como un ropaje de hermosura, para que pueda mi alma aparecer ante tus ojos adornada y embellecida? Levántame, Señor, por virtud de tu amor á la divina contemplación; arrebatame mi espíritu á lo más alto de los montes eternos, para que no me envuelvan las tinieblas de este siglo, si de ti me encontrase separado.

II. Alegra ¡oh mi sol! á mi alma llena de tristeza, con la suspirada presencia de tu gracia; envía tu

luz yucundísima, para que, resplandeciendo con suave claridad, renueve todo mi interior, llenándole de luz y de gozo. Dignate estar ¡oh Dios mío! en mi corazón, y estar en mi boca, y en mis obras y ministerio de cada día, porque vehementemente te deseo, y en la esperanza de tu venida me consumo.

III. Señor mío, que de la nada me has criado, y con tu sangre me has redimido, y estando yo perdido mil y mil veces, me has sacado de las fauces del infierno; concédeme, bien mío, que ya que tú me has amado primero, te corresponda yo al menos amándote con toda la virtud de mi alma; embriégame, rey mío, con la santa sobriedad de tu amor, para que, aunque detenido en el cuerpo, vuele libre mi espíritu á ti, que eres todo mi tesoro.

IV. ¡Que la suave violencia de

tu amor ¡oh Jesús mío! hiera y traspase mi alma de tal modo, que, vencida del pasmo y del fervor, sea sobre sí elevada, y en ti felizmente se transforme!

¡Que te alabe, Señor, toda mi vida, y todo mi espíritu, y todo mi cuerpo, para que ya que á cada instante estoy gozando de los dones de tu misericordia, sea también á cada instante un holocausto de amor y gratitud en tu presencia!

V. ¡Oh amor, oh amor que dulcemente atas y dulcemente aprietas! ¡Oh amor que suavemente hieres y suavemente penetras en las entrañas! ¡Oh amor que maravillosamente enfermas y maravillosamente haces desfallecer! ¡Oh Dios mío, Jesucristo! ¡Ven, ven, Señor; no tardes más! ¡Mira que yo te deseo con toda mi alma; mira cuál te busco con los más profundos gemidos de mi espíritu; mira, amor mío, cómo mi cora-

zón anhela á ti con suspiros más sinceros y más tiernos!

VI. ¿Cuándo dilatarás, Señor, mi mente con la inmensidad de tu suavísimo amor, y la suspenderás en el abismo de tu luz esplendidísima, para que llegue á tocarte á ti, Sabiduría eterna, aunque sea por una breve contemplación? ¿Cuándo echarás sobre mí una mirada de misericordia y de amor, que me consuele entre las penalidades de esta vida? ¿Cuándo colocarás á mi alma, cansada y fatigada, en el lugar de tus pastos apetecidos, junto á las fuentes purísimas de tu felicidad, para que allí, reanimada con celestes delicias, se olvide luego de sus tristes miserias?

VII. ¡Oh Jesucristo, único y todo bien mío! Excita en mis entrañas unos deseos ardentísimos, con los que siempre yo te busque, y por la feliz mansión de la eterna patria

continuamente suspire. ¡Ámete yo á ti más que á mí ¡oh única salud mía, y aun á mí mismo no me ame, sino en ti y para ti! ¡Que la santa dilección me cubra todo, y que mi alma, atraída con la dulzura, se liquide enteramente en la santa caridad, y apartándose de sí misma, y pasando toda á ti, comience siquiera á gustar las migajas de aquellos inefables manjares, y las gotas de los incomprendibles deleites que has preparado ¡oh Señor! para los que te aman.

VIII. ¡Oh mi Dios y mi todo! ¿Qué cosa, fuera de ti, podrá buscar el alma mía, cuando aun á sí voluntariamente se deja por encontrarte á ti? ¡Que mi alma te desee, Jesús mío; que en tu amor se abraze; que, arrebatada fuera de sí por el fervor santo, y absorta en el abismo de las riquezas de tu gloria, sintiendo ya no sienta, y entendiendo ya no entienda,

sino que en ti, dichosamente adormecida, se duerma enteramente, y se una á ti con pura caridad. Muévante, ¡oh Señor mío! mis suspiros y mis penalidades sobre la tierra: concédeme que al menos, mientras tengo que tolerar las miserias del presente destierro, en ti encuentre refrigerio y descanso, para que, cuando deponga la mole de este cuerpo, sea por ti recibido en los esplendores del cielo.





VISITA XXVIII

Séptima endología.

I. Señor, yo he amado el decoro de la casa de tu gloria, y cuando recuerdo la claridad y opulencia de tu reino y la eterna felicidad de que disfrutan los bienaventurados, desfallece la virtud de mi alma. Sí, Dios mío; porque es mejor un solo día en tu presencia, que mil acá en el mundo, pues que en ti se encuentra todo bien. ¡Oh y cuándo vendré y compareceré ante tu faz graciosa y rutilante! ¡Cuándo quedarán plenamente saciados mis deseos con la presencia de tu rostro divino! ¡Oh Dios mío, amor de mi corazón! ¿Cuándo te poseeré perfectamente? ¿Cuándo me

juntarás de ti más cerca, para que claramente yo te mire? ¿Cuándo, rotos ya los lazos y superadas las tentaciones y peligros, me llevarás á ti, para que ya no sea manchado ni te ofenda, sino que cante bien seguro el himno de tu magnificencia, por la multitud de tus misericordias? Ea, pues, amado mío: levanta ya del polvo á este pobre y necesitado; sácame, cuando te plazca, de esta cárcel, y llévame al cielo por tu misericordia, para que allí te alabe mi alma con sempiterno júbilo, por todos los bienes que graciosamente me has concedido, ¡oh salud mía, única y verdadera!

II. ¡Oh dulce Jesús, vida dichosísima, á ti anhela y ansía mi corazón! Porque tú eres grande y laudable sobremanera; tú eres todo hermoso y lleno de inefables delicias. ¡Oh y cuándo te contemplaré sin medio alguno, Señor, mío! ¿Cuándo te veré á ti, gallardo en la forma so-

bre todos los hijos de los hombres y sobre todos los ángeles? ¡Ah Dios mío, y cómo me invita, y cuánto me atrae tu indecible hermosura! ¡Y cómo enciende en mí ardientes afectos y encendidos deseos! ¡Y cuán maravillosamente regocijan mi espíritu tu luz admirable y tus fulgores esplendurosos! En verdad que ya este cuerpo corruptible es para mí como una amarga corteza, y hasta desearía que, dejándolo á un lado, mi alma, como una nuez de ti preciada, fuese recibida en el granero celestial, y contigo, su verdadero poseedor, siempre estuviese.

Ea, pues, amado de mis deseos: atiende á la voz de mis plegarias; mira cuál te busco con los suspiros de mi alma, mira cuánto deseo contemplar claramente la amenidad primate de tu Divinidad.

III. ¡Oh Señor, y cómo la clara vista de ti excede infinitamente á toda hermosura y á todo cuanto de-

leita en este mundo; y que el ojo vió, ó el oído oyó, en el corazón del hombre pasó! ¿Cuándo, pues, Criador mío, te manifestarás tú á mí? ¿Cuándo henchirás mi alma de alegría, mostrándome tu rostro apacible? ¿Cuándo acabarás de alumbrarme enteramente con tus divinos y deseadísimos esplendores? ¿Cuándo me darás de beber, hasta embriagarme, del torrente dulcísimo de tus delicias? ¿Cuándo ¡oh esposo de mi alma! cuándo te abrazaré yo suavemente, y te besaré, y con todos tus Santos te alabaré, en aquella región excelsa y felicísima...?

Mira, Señor, que mi alma se llena de deseos, y desfallece amándote; apiádate de mí, Dueño mío; escucha mis gemidos reiterados, y concédeme que cuando me viere despojado de esta carne mortal, al punto llegue á ti, y eternamente te alabe y glorifique, ya que con este fin me creaste y redimiste.

IV. ¡Oh Dios de paz y de dulzura, cuán grandes deseos tengo de estar contigo, y de ver y contemplar tu amable semblante! ¿Cuándo será eso, bien mío? ¿Cuándo volaré de este desierto á aquella celestial y verdadera patria? ¡Oh patria bienaventurada, donde luce perpetuamente una luz serenísima; donde reina sin intermisión la más amena primavera y el más alegre otoño; donde crecen bajo un clima celeste las flores más esbeltas, y jamás se cierran, y nunca se marchitan; donde dura sin término un aroma suavísimo, y resuena sin fin la admirable melodía de los cánticos y órganos! En ti, Señor, se encuentra el paraíso de las inteligencias, el paraíso sumamente apetecible, de donde manan continuamente ríos de purísimos deleites, y en donde la indecible gracia de todas las hermosuras hechiza y embelesa.

En ti, Señor, está la fuente de la vida, y el mediodía sin sombra, y la

estación tranquila, y la paz imperturbable. En ti y contigo, Señor, se halla, con suma eminencia, todo cuanto puede complacer y agradar al humano corazón. ¿Qué puedo yo, pues, querer fuera de ti? Tú sólo, Señor, me bastas. Concédeme que ya nada ame fuera de ti, y que algún día, por fin, llegue á alcanzarte ¡oh único, verdadero é inmutable bien mío!

V. Yo creo, Señor, lo que aún no veo. Yo creo que las riquezas, delicias y júbilos del cielo son eternos é inmensos. Yo creo que tú eres la suma é increada hermosura y dulzura, de la cual dimanar todas las bellezas y dulzuras criadas; ¡pero yo no te miro todavía! Concédeme, Señor, que perseverando en lo que creo y no lo miro, merezca algún día mirar y contemplar lo que creo. ¡Oh Jesús mío carísimo! ¿Cuándo se convertirá en polvo este mi cuerpo, quebrantándole tú, y mi alma libre volará á unir-

se á ti, su dulce origen? ¿Cuándo dormiré y descansaré en ti, paz mía suavísima, para contemplar claramente lo inefable de tu gloria? ¿Cuándo llegaré á respirar la meliflua fragancia de tu Divinidad, y á contemplar el sol sin ocaso de tu visión sempiterna? ¡Oh y cuán bueno es, amado mío, el verte claramente, y tenerte, y poseerte para siempre! Concédeme, Señor, que acabe esta pobre vida dichosamente en el seno de tu amistad y de tu gracia.

VI. ¡Oh dulce Jesús! En la hora de mi partida, dignate bendecir á mi alma, y envuelve mi muerte con tu muerte vivificante, que es la alianza carísima y el fruto firmísimo de mi reconciliación. Envía á mí en aquella hora á la fiel Auxiliadora, la Virgen María, Madre tuya, amabilísima é ínclita Estrella del mar, para que, al mirar yo á esta aurora rutilante, conozca que tú, Sol de Justicia, estás ya cerca. Díg-

nate entonces decir á mi alma: «Yo, tu Criador, tu Redentor y tu amador constante por medio de las angustias de la muerte te he buscado, y con ellas te he adquirido; vive, no quieras ya temer, tú serás siempre conmigo.»

VII. Ea, pues, suavísimo Jesús, perla de divina nobleza, y flor hermosísima de la Divinidad humana: recíbeme y acógeme benigno cuando saliere de esta vida, en la bienaventurada casa de tu claridad y de la paz eterna. Allí ¡oh única salud mía! allí consuélame con la vista de tu meliflua presencia; allí recreáme con el gusto de la querida adquisición con que me redimiste; allí atraeme y ab-sórbeme en el aroma de tu suave espíritu; allí, por el ósculo de la unión perfecta, sumérgeme y abísmame en tu fruición perpetua, para que viviendo en ti, en ti sólo me alegre, y te ofrezca hostias de alabanza, por los siglos de los siglos. Amén.



VISITA XXIX

Petición primera: el Papa y la Iglesia.

¡Oh dulcísimo Jesús mío, que en otro tiempo decías al Príncipe de los Apóstoles: *todo lo que atares sobre la tierra, quedará atado en el cielo, y también: apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas, y, sobre todo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, dándole así á esta Iglesia, que es tu reino sobre la tierra, una Columna inquebrantable que la sustentase, un Doctor infalible que la enseñase, una Cabeza visible que la gobernase y dirigiese, ya que te quedaste en el Santísimo Sacramento de un modo especial para ayudarle é iluminarle; pues prometiste estar con*

nosotros todos los días hasta el fin del mundo, cuando acababas de ordenar el modo de juzgar en tu Iglesia, y de separar á los indóciles, dignate ahora iluminar particularmente la inteligencia de tu augusto representante en el mundo, que, escarnecido de sus enemigos, perseguido por los impíos, privado de libertad por los poderes de la tierra, cargado de inmensas solitudes, abrumado de fatigas, empobrecido de recursos, abrumado de amarguras, no tiene más auxilio que el tuyo, ni otra esperanza que en la misericordia de tu divino corazón. Tú, que eres Pan de vida y de entendimiento, vivifícalo y alúmbralo; tú, que eres el trigo de los esforzados, fortalécelo para que el hijo de la iniquidad no ponga mano en causarle daño; tú, que nos preparaste á nuestra vista una Mesa contra todos los que nos atribulan, haz que de esta Mesa sagrada tome armas para combatir á las potestades de la tierra con-

juradas con las del infierno para atacar á tu Iglesia. Mira, Señor, que hoy esta Iglesia santa es perseguida sin tregua por los impíos: contra ella vuelven toda su ciencia; contra ella toda su astucia; persiguenla con las leyes, y persiguenla con las armas; escarnecen á sus ministros, burlan sus peregrinaciones, anulan sus estudios, despojan sus templos, lanzan al destierro sus vírgenes, declaran perniciosos á sus más celosos obreros, cierran sus escuelas, arrebatánle á los niños, envenenan la inteligencia de los jóvenes, profanan la santidad del matrimonio, hostilizan á sus fieles en la vida, y aun en la muerte arrojan sus despojos en un suelo profanado. Tú ves, Señor, estos tristes males, y otros sin fin, que de éstos dimanar, y que de tal manera sacuden el edificio de la Iglesia santa, que si las puertas del infierno pudieran alguna vez prevalecer en contra de ella, ya en nuestros días habrían prevalecido.

Tú ves que muchas veces, entre las persecuciones de sus declarados enemigos, tiene que llorar amargamente, y como dice tu divina Escritura, *amarguísima amargura*, las defeciones y faltas de sus hijos. ¡Ven, oh Señor! clamaré con Profeta, *ven, y mira* por tus propios ojos lo que pasa, *y visita esta viña*, que con tanto trabajo *plantó tu diestra*, y que con tu sudor sanguíneo regaste, y con la efusión de tu sangre en tu pasión beneficiaste, y con tanto penar cultivaste; horribles fieras hoy la devastan, implacables enemigos intentan destruirla, indignas raposas procuran acabarla: *¡levántate Señor, y juzga tu causa!* pues no hay causa más tuya que la de la Iglesia, que es tu cuerpo místico, que te está unido, tu esposa mística, formada de tu Costado sangriento, abierto por la lanza de un soldado en la cumbre del Calvario; tu reino sobre la tierra, que algún día se ha de incorporar con tu

glorioso reino de los cielos. Favorécela, Jesús mío, para que no digan estos nuevos gentiles: *¿Dónde está el Dios de ellos?* Mira que clama á ti con voz angustiada, y que para dar más valor á sus súplicas, acude á la intercesión de tu Madre inmaculada, de esa Reina de amor y de misericordia, á quien amas más que á mil mundos, y á cuyas súplicas no quieres negar cosa alguna; acude también al santísimo varón que te sirvió de padre sobre la tierra, y te alimentó con el sudor de su rostro venerable; acude igualmente á su gran Custodio, el Arcángel que peleó con Luzbel y proclamó tu gloria; acude á los bienaventurados apóstoles San Pedro y San Pablo, grandes defensores y guardianes de tu fe y de tu culto. Con la Virgen María, pues, te pedimos, y con San José, su casto Esposo, con San Miguel y los Santos Apóstoles, que te apiades de tu Iglesia; que le concedas el poder servirte con se-

gura libertad, destruidas las fuerzas adversas, y vea tu dulce Sacramento, que es su encanto, su tesoro, su amor y su consuelo, amado y reverenciado con el debido culto por todos sus hijos. Amén.



VISITA XXX

Petición segunda: nuestra nación.

Adorable Redentor mío, que en nuestra pobre nación quieres residir en tantos pueblos y ciudades, ya vecino á los mares, ya entre los bosques helados, ó sobre riscos de ásperas montañas, acompañando á tus hijos en donde quiera que habiten juntos, aunque en pequeño número, y quieren levantar para ti un templo ó modesta capilla. Tú sabes, por tanto, Señor, pues por todas partes nos acompañas, cuántas y cuán grandes sean las tribulaciones que nos circundan, y las necesidades que nos apremian: por una parte, los males temporales amargan nuestra vida; la po-

breza, y á veces la miseria, arrojan á muchos al pecado y aun á la desesperación; las más terribles y frecuentes enfermedades nos hacen más difícil y penosa la existencia; pero sobre todo la persecución que tu Iglesia sufre entre nosotros, la hostilidad jurada de las potestades contra el nombre católico; la calumnia echa el arma de cada día contra los ministros, la más despiadada persecución contra las Ordenes religiosas, junta con la protección á todas las tenebrosas reuniones que contra la religión conspiran; la habilidad de los legisladores para arrancar á la Iglesia todo subsidio, y aun la posibilidad para sus hijos de impartírselo, y para ella de recibirlo y conservarlo; la inundación de perversas doctrinas que corrompen la inteligencia y perverten los corazones; el torrente de vicios que todo lo arrastra, perdida ya toda vergüenza, y caído todo dique; la falta de la fe traída por las

sectas; el enfriamiento de la caridad, causado por la fiebre de goces que devora sobre todo á las grandes ciudades; la prostitución paseándose triunfante; la usura tendiendo sus redes por todas partes; la buena fe desterrada de los pactos; la más atroz maldicencia sembrando odios perpetuos y causando ruinas lamentables en las familias... ¡Ah, Señor! ¡Qué cúmulo de males nos agobia! ¡Qué estragos tan espantosos han hecho de nuestra pobre nación la víctima de tus enemigos y el oprobio de las gentes! Remédianos, poderosísimo Salvador nuestro; duélete de tus grandes males, compadécete de tanta miseria. Acuérdate que mandaste nada menos que á tu Madre Inmaculada á conquistar para tu fe nuestro suelo, y á vivir por medio de su imagen prodigiosa en medio de nosotros, escogiendo un lugar donde morar siempre y ser honrada, y haciéndonos la dulcísima, la consoladora promesa de mostrarse

allí Madre amorosa y hermana de cuantos la invocaren! Por esa tu santa y divina Madre, llena de gracia, objeto de tus complacencias, más amada ella sola por ti que los nueve coros del ejército de los Angeles, te pedimos que remedies nuestros males. Aunque son tan grandes, y al parecer irremediables, el Espiritu Santonos dice en la Escritura que *Dios hizo sanables á las naciones del orbe* (*Sap.*, I, 14), y tú mismo dijiste que no eran *los sanos los que necesitaban de médico, sino los enfermos.* (*Luc.*, V, 31.) Y aquí, en este divino Sacramento, tú eres, Señor, precisamente el Médico infalible, que conoces todas nuestras enfermedades, y comprendes sus más ocultas causas, y sabes los remedios capaces de curarlas, y tienes en tu poder esos remedios que gratuitamente nos suministras. Y así como con el mismo poder resucitaste á Lázaro difunto, y al mundo todo muerto en el mal, al uno, sepultado

de cuatro días, y al otro, corrompido de cuatro mil años, así ahora también puedes remediar á una sola alma pecadora, y renovar á toda una nación pervertida. ¡Renueva la nuestra, Jesús mío! Mira que en medio de sus ruinas y de sus ingraticudes, aún le quedan dos cosas que son dignas de atraer tus bendiciones: un ardiente amor á este adorable Misterio, que en ninguna parte del mundo se expone tan frecuentemente como en nuestros templos, y en pocas con un culto tan espléndido, y una tierna devoción á nuestra Madre Inmaculada, que todos los conatos del infierno no han sido bastantes á apagar. Pues si quien á Ella encuentra *hallará la vida*, ¿cómo nuestra pobre nación, que en el Jopeyac la encontró, y nunca la dejará, no *encontrará la vida* que va faltándole, y *sacará su salud del Señor?* (*Prov.*, VIII, 35.) Sí, Dios mío y Fortaleza mía: yo me junto hoy ante tu trono eucarístico, con el

celesté Príncipe á quien has encargado nuestro suelo; me uno con el Santo Angel Custodio de esta nación para pedirte que la auxilies, que la bendigas, que la cures y la sanes, para que, suficientemente ayudados con los subsidios presentes, con más facilidad aprovechemos los eternos y celestiales. Amén.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 AL DE BIBLIOTECAS





VISITA XXXI

Petición tercera: las propias necesidades.

Tú dijiste, Señor, en tu *Apocalipsis*, que eras *el primero y el último* (*Apoc.*, XXI, 13), y eres, en realidad, el principio de todas las cosas, sin el cual nada ha sido hecho, y el fin á que todas ellas necesariamente se encaminan; y yo quiero ¡oh amado Jesús mío! que tú seas el principio y el fin de todas mis acciones, de mis palabras y pensamientos; el fin de todos mis deseos y de todos mis afectos.

Mas como tantos obstáculos se oponen á esta entera unión de mi voluntad con la tuya, yo quiero en

este día traerlos ante este tu trono, para que, con tu misericordia, me compadezcas, y con tu omnipotencia me remedies, y con tu amor me perfecciones y me inflames. Nada me hace, Señor, tanta y tan cruel guerra como el amor propio: ya pretende torcer mis intenciones, y meter cautelosamente entre ellas el deseo de agradar á las criaturas, ó el más sutil de agradarme á mí misma; ya se ensaya en hacerme saborear mis pequeñas buenas obras, é inspirarme una vana complacencia, como si todas no fueran más tuyas que mías, y más producto de la gracia que de mi ruin naturaleza; ora me enciende un prurito de que lo bueno que hago sea sabido, y de que se alaben las piadosas empresas, y se aplaudan las buenas cualidades, ó el feliz desempeño de tales ó cuales funciones, ó el buen éxito en éstos ó aquéllos negocios; ora me arroja en una negra tristeza al ver el poco fruto de mis trabajos, y el

mal carácter de los súbditos, la dureza de los corazones, la dilación del cumplimiento de los deseos, y los sucesos adversos en las obras de celo; unas veces me quiere elevar para despeñarme, y otras me intenta abatir para desalentarme y afligirme; tan pronto me impele á deplorar las ajenas faltas, como para hacerme creer muy superior en virtud á los otros, como me hace contemplar envidiosamente el éxito ajeno, codiciándolo para mí mismo.

Este enemigo nunca pára, jamás se cansa; se vale de lo malo y de las faltas para infundir la desconfianza, y de lo bueno y las virtudes para inficionarlo en su raíz, torciendo la intención, ó amenguarlo en sus frutos por la vana complacencia.

¡Dulcísimo Jesús! Salvador mío, que tanto nos exhortas á aprender de tí, que eres manso y humilde de corazón: tú eres un Maestro que no sólo enseñas tus flecciones de celestial sa-

biduría, sino que das entendimiento á tus discípulos para comprenderlas, y aun voluntad para practicarlas: *dame entendimiento para saber tus testimonios, y pues eres mi Dios, enséñame á hacer tu soberana voluntad y á vencer este enemigo doméstico tan conjunto y tan temible.* También te presento aquí, como otro grande enemigo, Dios mío, á mi propio corazón; yo quisiera que fuera sólo tuyo, y que ninguna ruin criatura tuviera en su amor y en sus afectos. Tú así me lo mandas en el máximo y primer mandamiento de tu divina Ley, y yo quiero, con toda mi alma, cumplirlo y obedecerlo; pero lo cierto es que este corazón me traiciona continuamente; cuando menos lo pienso, encuéntrolo apegado á las basuras de la tierra: ya el trato fino de una persona me atrae, ya las virtudes de alguna alma me cautivan, su ingenio me arrastra, su sensibilidad me encanta y me seduce.

Mas ¡oh y cuán ingrato soy contigo! ¿Qué trato puede haber, Señor, más fino que el tuyo? ¿Qué virtudes más preciosas? ¿Qué inteligencia más vasta ó qué corazón más amoroso y sensible? Al fin el apego á las criaturas no trae más que inquietudes, amarguras y penas, y esto cuando no trae también remordimientos y pecados. Yo reconozco, con el Rey Profeta, que *en adherirme á Dios está mi bien, y en poner en él sólo mi esperanza* (Psalm. LXXII, 28); pero á pesar de conocerlo y confesarlo, á cada paso me hallo amando la vanidad y buscando la mentira, dejando la fuente de aguas vivas, que eres tú, y cavando disipadas cisternas, donde no encuentro sino cieno y corrupción. ¡Oh Dios, entiende en mi ayuda, date prisa, Señor, en socorrerme! Permanece conmigo y no te ausentes, porque en el día de mi vida va haciéndose ya tarde y acabándose la luz. ¡O arráncame, Jesús, este co-

razón de fuego que me diste, y que sólo sabe amar con violentos ardores, ó haz que te ame á ti solo, como te han amado y aún te aman los Santos, tus amigos! ¡Que te ame yo como el Santo que me ampara con su nombre, y como el ángel que vela á mi lado custodiándome, sin dejar de ver siempre la faz del Padre celestial que te beatifica! ¡Que te ame como tus siervos, cuyas imágenes se veneran en este templo, y que todos fueron hornos vivos de caridad y dilección! ¡Librame, Señor, de mí mismo, que soy mi peor enemigo; haz que aprenda á negarme, y á seguirte tomando mi cruz de cada día; lléname de un grande amor para con este Sacramento de delicias, para que en él te busque y encuentre; en él te goce y te reciba; ante él derrame, como el nardo su aroma, mis afectos; ante él cuente mis gozos y llore mis pesares; á él visite sin falta cada día, como al mejor y más fino de los amigos, y á él

reciba como precioso viático cuando esté pronto á emprender el último y tremendo viaje del tiempo á la eternidad! ¡Te amo, Jesús mío, te amo! Amén.



INDICE

	Páginas.
AL ALMA DEVOTA.....	5
Salutación al Santísimo Sacramento para comenzar cada día la visita.....	9
Meditación primera.....	13
Visita primera.....	15
Meditación segunda.....	18
Visita segunda.....	20
Meditación tercera.....	24
Visita tercera.....	23
Meditación cuarta.....	29
Visita cuarta.....	31
Meditación quinta.....	34
Visita quinta.....	36
Meditación sexta.....	39
Visita sexta.....	41
Meditación séptima.....	45
Visita séptima.....	46
Visita octava.....	50

reciba como precioso viático cuando esté pronto á emprender el último y tremendo viaje del tiempo á la eternidad! ¡Te amo, Jesús mío, te amo! Amén.



INDICE

	Páginas.
AL ALMA DEVOTA.....	5
Salutación al Santísimo Sacramento para comenzar cada día la visita.....	9
Meditación primera.....	13
Visita primera.....	15
Meditación segunda.....	18
Visita segunda.....	20
Meditación tercera.....	24
Visita tercera.....	23
Meditación cuarta.....	29
Visita cuarta.....	31
Meditación quinta.....	34
Visita quinta.....	36
Meditación sexta.....	39
Visita sexta.....	41
Meditación séptima.....	45
Visita séptima.....	46
Visita octava.....	50

	Páginas.
Visita novena.....	55
Visita décima.....	60
Visita undécima.....	64
Visita duodécima.....	68
Visita décimatercera.....	74
Visita décimacuarta.....	80
Visita décimaquinta.....	86
Visita décimasexta.....	94
Visita decimaséptima.....	101
Visita décimaoctava.....	109
Visita décimanoventa.....	115
Visita vigésima.....	121
Visita vigésimaprimerá.....	129
Visita vigésimasegunda.....	133
Visita vigésimatercera.....	142
Visita vigésimacuarta.....	147
Visita vigésimaquinta.....	152
Visita vigésimasexta.....	157
Visita vigésimaséptima.....	164
Visita vigésimaoctava.....	170
Visita vigésimanoventa.....	178
Visita trigésima.....	184
Visita trigésimaprimerá.....	190



BIBLIOTECA POPULAR

(publicada con licencia de la Autoridad eclesiástica.)

COLECCIÓN DE SUMO INTERÉS

para cuantos se dedican

AL EJERCICIO DE LA PROPAGANDA CATÓLICA

Por su baratura y sencillez, estos libritos pueden repartirse profusamente entre la clase popular. En ella aparecerán obras de autores escogidos, no olvidando dar alguno de novelas morales.

VAN PUBLICADOS

- 1 **Bernardita de Lourdes.** Relato de un peregrino, por el presbítero Ramón Font. Un tomo en 32.º, de 100 páginas..... *Doce centavos.*
- 2 **Manojito de flores de San Francisco de Sales,** seguido del opúsculo del mismo autor *Aviso á las almas piadosas.* Un tomo en 32.º, de 102 páginas..... *Doce centavos.*
- 3 **Cristo-Reina.** Novela moral por Aurora Lista. Un tomo en 32.º, de 82 páginas.. *Doce centavos.*
- 4 **¡A solas con Jesús!** Un día de retiro, ó veinte minutos á los pies de Jesús Sacramentado. Meditaciones sacadas de los escritos del P. Eymard, de la Sociedad del Santísimo Sacramento, y seguidas del *Camino de la Cruz* y de la *Misa meditada*, del mismo autor. Un tomo en 32.º, de 95 páginas..... *Doce centavos.*
- 5 **Virtud milagrosa del Ave Maria,** demostrada con rasgos de protección, de conversión y curación maravillosas, por el Rdo. P. Huguet. Un tomo en 32.º, de 104 páginas. *Doce centavos.*
- 6 **Guirnalda de doce flores** tejidas para las señoritas mejicanas católicas, á quienes dedica este modesto trabajo el señor presbítero Gregencio Rivera Soria. Un tomo en 32.º de 164 páginas..... *Doce centavos.*

NUEV
BIOTEC